



PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTIFICE.

|  |                             |                                  |                                      |   |   |  |
|--|-----------------------------|----------------------------------|--------------------------------------|---|---|--|
| COLABORADORES.   |                             | Fabraquer (Excmo. Sr. conde de). | Garrido (D. Estéban).                | Mendoza de Vives (S. <sup>a</sup> D. <sup>a</sup> María). | Rodriguez Cortina (D. Federico).              | Serrano (D. Gaspar Bono).                                    |
| Bremón (Ilmo. Sr. D. José María).  | Fernandez Bremón (D. José). | González de Tejada (D. José).    | Mestre y Marzal (D. Carlos).         | Sabando (D. Julian Manuel de).                            | Silió y Gutierrez (D. Evaristo).              | Sinués de Marco (S. <sup>a</sup> D. <sup>a</sup> M. del P.). |
| Catalina (Excmo. Sr. D. Severo).   | Forteza (D. Guillermo).     | Hoz y de Liniers (D. V. de la).  | Perez Guzman (D. Juan).              | San Javier (vizconde de).                                 | Selgas (D. José).                             | Tamayo y Baus (D. Manuel).                                   |
| Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. de).  | Frontaura (D. Carlos).      | Lafora (D. Juan Bautista).       | Pulido y Espinosa (Ilmo. Sr. D. J.). |   |   |  |
| PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACION. |                             |                                  |                                      |   |   |  |
| SANTA TERESA DE JESÚS.   | BALMES (D. Jaime).          | FEIJÓO Y SOTOMAYOR (D. Benito).  | GRANADA (Fr. Luis de).               | MALLEBRANCHE.   | PADRE FELIX (de la C. <sup>a</sup> de Jesús). |  |
| SAN AGUSTIN, ob., dr. y fr.  | BAUTAIN (abad).             | FENELON (arz. de Cambrai).       | GRATRY (abad).                       | MARIANA (P. Juan de).                                     | POSADA RUBIN DE C. (patriarca).               |  |
| SAN BUENAVENTURA, ob. y dr.  | BOSSUET (obispo de Meaux).  | FLECHIER (ob. de Nîmes).         | LACORDAIRE (P. J.).                  | MASCARON (ob. de Agen.)                                   | RAVIGNAN (J. Adrian de la Cruz).              |  |
| SAN JERÓNIMO dr. y fr.   | BOURDALOUE (P. Luis).       | FLEURY (abad).                   | LEON (Fr. Luis de).                  | MASSILLON (ob. de Clermont).                              | SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe).               |  |
| SAN IGNACIO DE LOYOLA.   | DONOSO CORTÉS (D. Juan).    | FLOREZ (P. Mtro. Enrique).       | LISTA (D. Alberto).                  | MATHIEU (cardenal).                                       | VEUILLOT (D. Luis).                           |  |
| SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.   | DUPANLOUP (ob. de Orleans). | GALLEGO (D. Juan Nicasio).       | MADRIGAL (D. Alonso de).             | MONTALEMBERT (conde de).                                  | WISSEMAN (cardenal).                          |  |
| DIRECTOR: D. LEOPOLDO M. BREMON.   |                             |                                  |                                      |   |   |  |

## SUMARIO.

A NUESTROS SUSCRITORES.—REVISTA QUINCENAL, por Don L. M. Bremón.—**Sección doctrinal:** EL CRISTIANO Y LA CRISTIANA DE NUESTROS DIAS, por el abate Bautain (continuación).—**Sección histórica:** HISTORIA DE LOS MONJES DE OCCIDENTE, por el conde de Montalembert (continuación).—**Sección monumental:** LA CATEDRAL DE BURGOS.—**Sección biográfica:** EL ABATE MARCHENA, por D. Gaspar Bono Serrano.—**Variedades:** CARTAS DEL EMPERADOR MAXIMILIANO.—VIAJE A TIERRA SANTA, por D. F. L. de H. (continuación).—NUESTRA SEÑORA DE ROBLEDO, tradición, por D. Francisco Silva.—EL FIRMAMENTO, por P.—**Sección re-creativa:** LAS ÁNIMAS, por D. Carlos Frontaura (continuación).—**Sección poética:** A LA SANTA CRUZ, oda por D. Gaspar Bono Serrano.—LO IMPOSIBLE, por D. José Fernandez Bremón.—EL PASTOR MÚSICO, por D. Félix María Samaniego.—MISCELÁNEA.  
**Grabados:** VISTA EXTERIOR DEL CONVENTO DE PP. CAPUCHINOS, EN NÁPOLES.—EL EMPERADOR MAXIMILIANO.—LA CATEDRAL DE BURGOS.—VIAJE A TIERRA SANTA. HEBRON.

## Á NUESTROS SUSCRITORES.

El Ilmo. Sr. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA, con cuya colaboración nos honrábamos, se ha servido aceptar la invitación que le hemos hecho, con el fin de que tome una parte activa en los trabajos de EL MUSEO CATÓLICO.

He aquí la carta que nos ha dirigido con este motivo:

Sres. Director y Reductores de EL MUSEO CATÓLICO.

Muy señores míos y amigos: Contestando á la invitación que se sirven hacerme para que dirija ese

periódico religioso-ilustrado, no puedo menos de darles las más expresivas gracias por la distinción que me dispensan; pero permitanme les diga que nadie tiene derecho á dirigirlo con mejor acierto que el actual Director, mi digno amigo el Sr. Bremón, quien, como autor del pensamiento, ha sabido dar el primer impulso á una publicación que tanta honra hace á la España católica.

Bastábame, amigos míos, asociarme como simple colaborador á la idea altamente cristiana, que envuelve tanta utilidad para nuestro país, donde, desgraciadamente, han caído tan en baja los estudios sagrados y las ciencias eclesiásticas.

Dar á conocer la profundidad y la belleza de los PP. y escritores sagrados, y defender la sana doctrina, cuyo centro de unidad está en Roma, lo mismo hoy en Pio IX que hace diez y ocho siglos en el Apóstol San Pedro, sería lo bastante para formar de EL MUSEO CATÓLICO un monumento que eternicen sus páginas, como auxiliar poderoso en el concierto católico llamado á sostener aquel sagrado depósito, principio regenerador de la sociedad y único vínculo que ha de unir á los hombres por la caridad cristiana.

Dejadme llevar á EL MUSEO CATÓLICO tan solo mi corto óbolo, cuyo valor no es otro que la ardiente fe con que lo deposito; pero si más quereis, yo me asocio también á la Dirección, no para dirigir, enmendar ni corregir á tan ilustrados colaboradores, sino para señalar las obras monumentales de la religión que deben depositarse en nuestro MUSEO CATÓLICO.

¡Ojalá tenga yo el acierto de complaceros en la

elección que haga de los nuevos trabajos que emprendamos! Empero estoy seguro que al responder á vuestro llamamiento se unen á vuestros buenos deseos los de vuestro afmo. S. y capellan Q. B. V. M.,

JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

Agosto 22 1867.

Quedan, pues, desde el próximo número sometidos nuestros trabajos á su entendida dirección, y nos sentimos por nuestra parte satisfechos de ver realizada la aspiración que sustentábamos de colocar al frente de nuestra revista una de las personas más autorizadas por su vasta ilustración y reconocida competencia en las materias de que nos ocupamos.

L. M. BREMON.

## REVISTA DE LA QUINCENA.

Satisfactorias son, por fortuna, las noticias que recibimos por los últimos correos acerca del terrible azote que tantas víctimas ha hecho en los Estados de la Iglesia y en la mayor parte del territorio italiano. El cólera va decreciendo rápidamente en Roma, llegando apenas á veinte el número de los atacados diariamente, y los habitantes de la Ciudad Eterna recobran su perdida tranquilidad, alenta-



dos con la esperanza de ver muy en breve desaparecer por completo su perniciosa influencia.

En nuestra anterior revista dimos cuenta de algunas de las víctimas más importantes, cuyo doloroso catálogo nos vemos precisados á continuar, hoy que las correspondencias y los periódicos de aquella localidad nos traen conmovedores detalles, que renunciaríamos á mencionar, si no cumpliéramos al hacerlo el triste deber de rendir un tributo de veneración profunda, de respeto y de admiración á la virtud y al desinterés de los que han sacrificado hasta sus preciosas existencias en aras del amor filial y de la caridad cristiana.

Uno de estos ilustres y santos varones, gloriosa víctima de su abnegación heroica, es el Emmo. Cardenal Ludovico Altieri, Obispo de Albano, cuya irreparable pérdida ha producido la más honda impresión entre los católicos. Sabido es de todos que la infortunada capital de su diócesis ha sido una de las poblaciones donde más se ha cebado la epidemia, y mucho mayores estragos tendríamos hoy que lamentar, á no haber sido por los continuos socorros que con incansable solicitud prodigaba su malogrado diocesano. He aquí cómo describe esta terrible catástrofe una correspondencia dirigida desde Roma á *L'Unità Cattolica*, y de la cual tomamos solo los más interesantes párrafos:

«Entretanto, el Cardenal Altieri, obispo de Albano, recibía en Roma un telegrama anunciándole el terrible desastre que afligía á su rebaño. Lo recibió mientras asistía á un ejercicio de los estudiantes en el Colegio Clementino, del que era protector. Levantóse inmediatamente, fué á su palacio, tomó todo el dinero que tenía, y envió un recado al Padre Santo, participándole la resolución que había formado de acudir en auxilio de su rebaño.

«Vino á Albano, en efecto, con dos médicos que trajo de Roma á sus expensas. Al llegar á Albano, se apeó del carruaje, no puso siquiera los pies en su palacio, y publicó una alocución á su pueblo, animándole, al propio tiempo que hacía cuanto podía para tranquilizar á aquella multitud de gente aterrorada.

«Con caridad heroica empezó á visitar á los enfermos del cólera, dándoles auxilio, administrándoles los Sacramentos y haciendo cuanto estaba de su parte en favor de aquellos. Su valor, actividad y la angelical serenidad de sus maneras, infundían en todos nueva vida y confianza.

«Lo que el santo Cardenal hizo en los tres días que precedieron á la tarde del sábado 10 de Agosto, se dirá más adelante, cuando se escriba su vida.

«Lo que puedo afirmar, es que desde las doce de la noche del miércoles hasta la una y media de la tarde del sábado, estuvo llevando el Viático á los enfermos.

«Sacó de su palacio toda la ropa blanca y todos los catres que había, para ponerlos á disposición de los pobres, hasta el punto de que, cuando el Cardenal mismo cayó enfermo, hubo que enviar á Roma para procurarle todo lo necesario. Desde ese momento no durmió ni tomó más que algún alimento grosero, á que no estaba acostumbrado; todos sus pensa-

mientos se dirigían á las necesidades espirituales y temporales de su pueblo.

«El sábado por la tarde fué atacado de la fatal enfermedad, y ayer tarde, 11 del corriente, entregó su alma al Creador, ante quien podrá presentarse, diciendo aquellas palabras del Espíritu Santo: «El buen pastor entrega su vida por su rebaño.»

El día 17 se celebraron con gran pompa religiosa en Roma, en la iglesia de Santa María del Pórtico, solemnes exequias por el alma del virtuoso cardenal, asistiendo á la fúnebre ceremonia Su Santidad, acompañado de los Emmos. y RR. Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, Obispos y demás dignidades á quienes corresponde. La concurrencia de los fieles fué también numerosísima, y Roma entera ha consagrado un tributo de admiración á tan gloriosa muerte.

También tenemos que deplorar la pérdida de monseñor d'Aquino, Arzobispo de Monreale, en Sicilia, acaecida en Palermo, y del Obispo Caldeo de Diarbekir, en Mesopotamia, monseñor Natale, que, como saben nuestros lectores, había llegado á Roma para asistir á las fiestas del Centenar, retirándose á Albano, después de terminadas éstas, para reparar sus dolencias. Y por último, otras dos ilustres víctimas acaba de hacer la epidemia en las personas de la princesa Colonna, española, hija del marqués de Villafranca, y el joven príncipe de la familia real de Nápoles, Genaro María, conde de Caltaginone, arrebatado á la vida en la temprana edad de diez años.

Pero no son solo los estragos producidos por la epidemia los que hoy nos vemos precisados á referir. Otro también sensible en extremo ha sido el producido por las llamas en la capilla del Santísimo Rosario en San Juan y San Pablo de Venecia, reducida á cenizas por el fuego de un voraz incendio, que se desarrolló en cortos instantes, sin que pueda aun conocerse la causa. Afortunadamente, la capilla, aunque adjunta á la iglesia, no formaba cuerpo con ella, pues se hallaba separada por una cancela de hierro, cuya circunstancia pudo evitar que las llamas se comunicasen con aquella. Preciadísimos tesoros han sido, sin embargo, devorados por completo, contándose entre ellos los famosos retratos al natural de Pio V, Felipe II, Marco Antonio Colonna, D. Juan de Austria y Sebastian Vernier de Tintoretto; las dos magníficas esculturas de Vittoria, Santa Justina y Santo Domingo; las no menos notables de Campaña, Santa Rosa y Santo Tomás, y el más valioso de todos, el famosísimo San Pedro Mártir, de Ticiano. Vanos han sido los extraordinarios esfuerzos hechos para evitar el desastre por el cuerpo de bomberos; no obstante, se debe á algunos de ellos que éste no haya sido aun más lamentable.

Y ya que de obras de arte nos ocupamos,

no podemos pasar en silencio las buenas noticias que nos comunican los periódicos de la ciudad Eterna acerca de los importantes trabajos de restauración que se están llevando á cabo en la mayor parte de sus templos. En breve tiempo, dice un corresponsal, hemos visto á Santa María de Minerva, Santa María de Acquiro, Jesús, San Carlos y muchos otros restaurados y embellecidos de una manera verdaderamente digna de la capital del mundo católico. Ahora se están embelleciendo Santa María en el Trastévere, San Marcelo en el Corso, San Agustín, El Nombre de María en la plaza Trajana, con otras varias de la ciudad. Pero sobre todo es muy notable cuanto ha mandado hacer Su Santidad en la magnífica confesión de Santa María la Mayor, en la Basílica de San Lorenzo y de San Ignacio, y cuanto se ha hecho y se está haciendo todavía en San Pablo.

Siguiendo la costumbre establecida, el 15, día de la Ascension, asistió Su Santidad á la solemne misa cantada en Santa María la Mayor por su arcipreste el cardenal Patriz; terminada la misa, el Santo Padre regresó conducido en la silla gestatoria, siendo aclamado con entusiasmo por el pueblo al recibir la bendición apostólica. Su salud es perfecta, y esta vez, dice un corresponsal, ha desplegado una voz robusta y sonora al pronunciar las palabras de la bendición.

Terminaremos nuestra revista consignando un hecho que merece fijar la atención. Los católicos de Suiza, siguiendo el ejemplo de los pertenecientes á los demás países, han ofrecido un *Album* al Santo Padre, en el cual figura una poesía suscrita por un protestante llamado Carlos Félix, y en la cual hace la siguiente declaración: «Soy cristiano sincero y reformado, pero unido de todo corazón á los verdaderos fieles. Si Su Santidad Pio IX da su bendición á los que han sabido expresar mejor que yo sus sentimientos en este *Album*, reivindicaré mi parte con respeto, humildad y reconocimiento.»

L. M. BREMON.

## SECCION DOCTRINAL.

### EL CRISTIANO Y LA CRISTIANA DE NUESTROS DIAS,

POR EL

ABATE BAUTAIN.

(Continuación).

Parece á primera vista lo natural que el padre sea el maestro de su hijo, como la madre debería ser la nodriza. Sin embargo, uno y otra no pueden muchas veces desempeñar estos deberes por enfermedad ó debilidad de una parte, ó ocupaciones de la otra, necesarias á la subsistencia de la familia. Es evidente que



el que la mantiene con el trabajo de sus manos carece de tiempo para educar á su hijo, aun cuando tenga capacidad, y el padre que, como vuestro marido, es moralmente capaz, se ve obligado á salir de su casa para llenar los deberes de su destino, ó á dedicar la mayor parte del día á los negocios, sea cual fuere su profesion.

Los ricos, que están desocupados porque gozan de una fortuna ya hecha, serian los únicos que pudieran consagrarse á educar por sí mismos á sus hijos; pero la mayor parte, absorbido su pensamiento por el cuidado de su fortuna, por las exigencias del mundo, y sobre todo, por los placeres, apenas piensan en tal cosa, ó si tienen buena voluntad, adoptan para la educacion de sus hijos este ó el otro sistema, del que les han contado maravillas, luego le abandonan al ver sus malos resultados, y por último, optan por el de profesores extraños, en lo cual obran cuerdate.

Obran muy bien, señora, y con este motivo tal vez os voy á escandalizar. Obra bien, primeramente, al confiar á otras manos la educacion de sus hijos, porque su posicion particular les impide, salvo muy raros casos, consagrarse á desempeñarla por sí propios. Hacen bien, además, bajo un punto de vista general, porque, y aquí es donde vais á sublevaros, por la naturaleza misma de la paternidad, los padres son poco á propósito para educar á sus hijos. La experiencia confirma esta verdad, porque casi siempre los que mejor educan á los hijos de otros no saben conducir á los suyos. Yo he conocido un excelente profesor, tan práctico en la direccion de un colegio, que con frecuencia se le enviaba á organizar los establecimientos que habian perdido el crédito, y no podia hacer carrera de su hijo. Dirigia perfectamente á doscientos alumnos internos, y toda su habilidad era infructuosa con un rapazuelo de diez años. Ha formado muchos hombres notables, y no ha podido hacer de su hijo un hombre honrado.

¿Y por qué, señora? Porque el hijo tiene en sus venas la sangre del padre, y la afeccion nacida de esta comunidad de sangre, ó lo que vulgarmente se llama los vínculos de la sangre, opone una tenaz resistencia á la accion del espíritu y á la influencia de la voluntad para el bien moral. El padre ama demasiado á su hijo para violentarle cuando es preciso, ó bien se encoleriza cuando no es necesario. La educacion es una lucha continua entre el maestro y el discípulo, porque se trata de que el espíritu y el corazon dominen á la materia, de hacer al alma señora del cuerpo, y en esta lucha, la victoria es del más paciente, del más perseverante, de aquel que menos se desanima. Pero el padre, que vive en su hijo, sufre á la vez por su hijo y por sí mismo; de modo

que al menor choque, conmovido por ambos lados, pierde el valor ó la paciencia.

Y lo que es una verdad en el orden natural, lo es mucho más todavía bajo el punto de vista cristiano. Si, como dice San Pablo, la carne combate contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, la virtud de Dios, que regenera, esclarece y transforma las almas por la gracia, está siempre combatida por los instintos carnales. Porque en el cristiano hay dos vidas: la vida natural, transmitida en la familia por los padres, y la sobrenatural, comunicada en la Iglesia por el Espíritu divino, y la segunda de estas vidas no puede prosperar sino dominándola, absorbiéndola y transformándola. Debe reducirla ó mortificarla para hacerla revivir, que es precisamente lo que los autores de la vida natural no pueden hacer, salvo el caso, muy poco comun, en que por sus sentimientos santos son padres del espíritu más bien que de la carne.

Sea como fuere, señora, es indudable que vuestro esposo no puede constituirse en el preceptor de vuestro hijo, y es, por consiguiente, necesario que le procuremos otro.

¿A quién tomariais en este caso? ¿á un eclesiástico, ó á un seglar? El primero os parecerá preferible desde luego, porque ofrece garantías de virtud y de ciencia, y porque con su carácter sagrado y su piedad, puede inspirar más respeto á nuestro hijo y ofrecerle mejor ejemplo. Pero hay tambien algunas dificultades en esta eleccion: si encontrais un sacerdote distinguido por su talento y sus maneras, ó no os le dejará su obispo, ú os le retirará bien pronto. Tendreis entónces que comenzar de nuevo vuestra tarea pasado uno ó dos años. Por otra parte, estas funciones privadas colocan, hasta cierto punto, á un eclesiástico fuera de las condiciones generales de su clase. Mientras está en vuestra casa, perderá naturalmente su tiempo para sus adelantos en el ministerio que ejerce, y si entónces tratais de retenerle, os será necesario asegurarle una fortuna que le indemnice de lo que pierde por vuestra causa. Este ya es un asunto grave. Si aceptais á este ó al otro, atendiendo á ciertas recomendaciones, siempre exageradas, os exponeis á un desengaño, no precisamente acerca de la piedad ó las costumbres del preceptor, sino con respecto á su aptitud para la educacion. Porque se puede muy bien ser un buen sacerdote, y carecer, sin embargo, del gusto y el talento necesarios para educar á los niños.

Os ofrecerán tambien clérigos jóvenes, que, habiendo terminado sus estudios de seminario, no tengan aun la edad suficiente para ejercer. Podrán ser, por lo tanto, excelentes preceptores; pero no entrando en vuestra casa sino para esperar á su ordenacion, abandonarán su obra y la vuestra en los momentos en

que empiece á marchar. En todos casos, estad segura de no contar por mucho tiempo con un hombre distinguido. Ninguno se hace sacerdote para consagrarse á un solo niño; pero en la iglesia y entre sus fieles, cuando un eclesiástico se dedica á la educacion, lo cual es una gran obra, solo ejercita digna y provechosamente su celo, en un colegio ó en un seminario. Allí trabaja como en una parroquia para las necesidades generales de la iglesia, y aun así son tan penosas las funciones del magisterio, cuando se abrazan de todo corazon, que al cabo de diez años, cansado y abatido el sacerdote, aspira frecuentemente á ingresar en el ministerio de las parroquias ó á trabajar en la enseñanza superior, ménos dura por las labores del día, y más interesante por el género de los estudios.

Hay, en fin, en el profesorado, una especie de domesticidad que soporta dificilmente un alma algo elevada, y sobre todo, en un hombre revestido de un carácter sagrado y que se debe á todos. Su dignidad está muy expuesta en el seno de una familia, que le considera como á su servicio, porque le paga. En el caso de divergencias de opiniones de maneras de hacer entre los padres y él, lo que puede ocurrir todos los días aun entre las familias más piadosas, se extraña su insistencia si conserva su firmeza; y si, lo que es más comun y más seguro en su posicion, no la conserva, dejando á cubierto su conciencia, se entregan á los pensamientos y á los caprichos de sus padres, que tienden sin saber lo que quieren, y obedeciendo á un espíritu de celos ó de vanidad las más veces, á erigirse en los directores de sus hijos. Se convierte, pues, en una especie de repetidor ó de maestro de escuela que trabaja sin estímulo para vivir, y considerando solamente su empleo como un servicio. Nada de esto es digno de un sacerdote, y no puede, por lo tanto, desempeñar ese cargo, sino en la expectativa de otro mejor.

Nos queda el preceptor seglar, y he aquí otra dificultad. Vuestro esposo, buscando ante todo garantías de ciencia, se satisfará probablemente con el testimonio de una probidad mundana, sin ocuparse mucho de sus sentimientos religiosos, y ménos aun de su piedad. Vuestro hijo, en ese caso, corre el riesgo de caer en manos de un deísta, de un panteísta, tal vez de un ateo, ó por lo ménos, si solo se exigen pruebas de instruccion y de talento, de un racionalista eclético ó excéptico. Tendreis, pues, la filosofía moderna introducida en vuestra casa, sentándose á vuestra mesa, paseándose por vuestros salones, y lo que es aun más deplorable, manejando el espíritu flexible de vuestro hijo, para formarle á su imágen, y educarle poco á poco, como ella dice, en las formas y símbolos de la verdad universal. Por



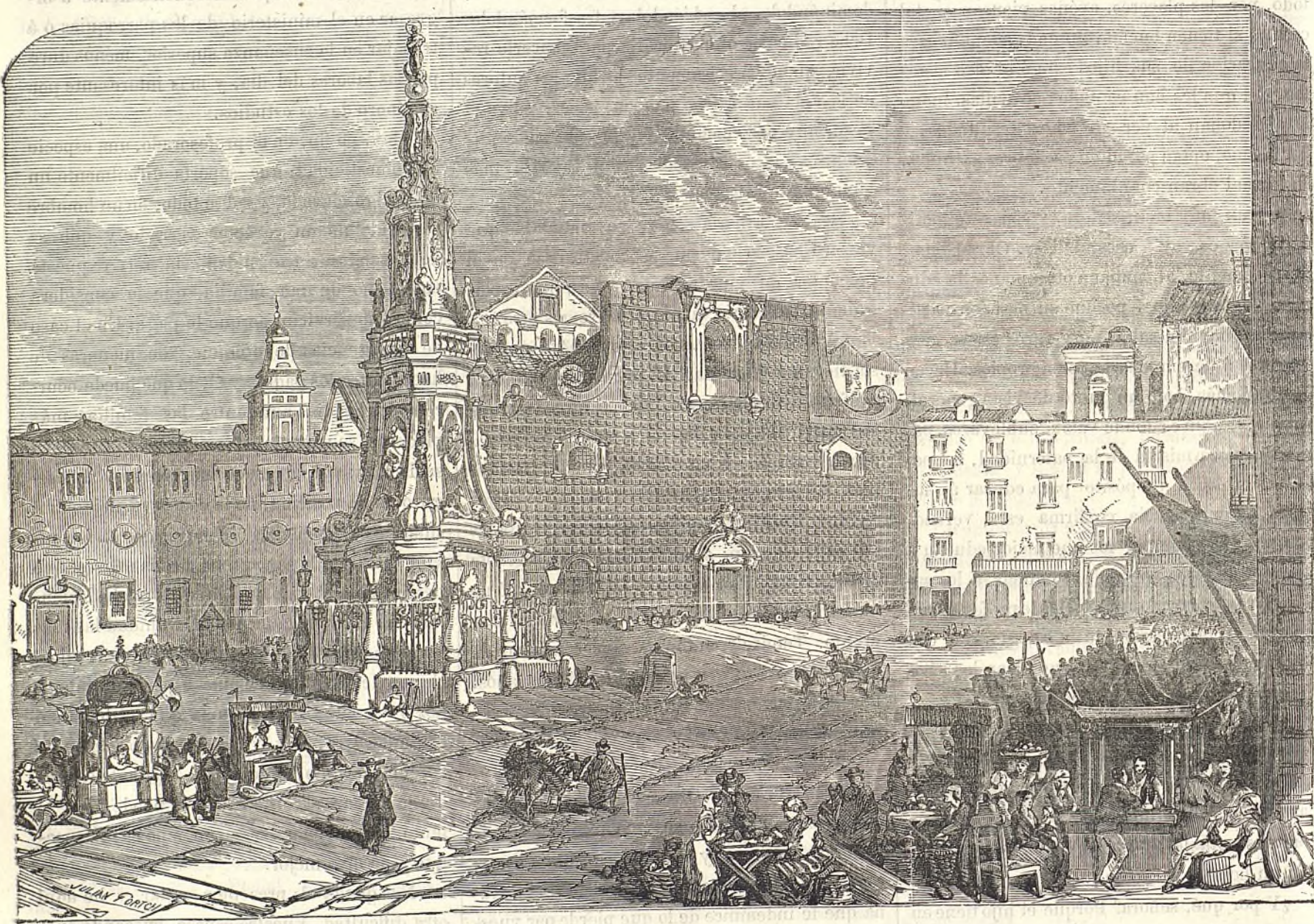
fortuna, semejantes filósofos os abandonarán tan pronto como hayan conseguido su objeto, reducido á vivir algun tiempo ó á ganar ciertas sumas; pero por breve que haya sido su influencia, ¿podeis saber lo que quedará de ella en el tierno corazón de vuestro hijo? ¡Ah! ¡cuán poco es necesario para marchitar una flor nacientel Basta solo un soplo para sezar el boton de una rosa. En el alma de vuestro hijo, abierta á las impresiones del cielo por vuestra piadosa palabra, y cultivada por los principios de la iglesia, la fé cristiana, única que produce frutos para la eternidad, habia ya germinado,

decidiros. Hay en este asunto algunos puntos de semejanza con lo que sucede en el matrimonio. No se conoce bien á las personas sino despues de experimentadas, y esta experiencia, irreparable en el segundo caso, suele ser muy funesta en el primero. Puede producir mucho daño un simple ensayo, y por otra parte, si éste no da el resultado que se apetece, es trabajoso abandonar el camino emprendido.

En resumen señora, lo que ahora buskais, esto es, un buen preceptor, es la cosa más difícil de encontrar en este mundo.

(Se continuará.)

contener á los bárbaros.—Martirio de Santa Febonia, religiosa en Nisibe.—Los PADRES DEL DESIERTO.—LA TEBAIDA.—SAN ANTONIO, primer abad; su influencia en la Iglesia; afluencia de sus discípulos; su lucha contra el arrianismo.—SAN PABLO, primer ermitaño.—SAN PACOMIO, autor de la primera regla escrita, fundador de la Fabennia.—Los dos Ammon.—Los dos Macario.—Encuentro de un tribuno cerca del Nilo.—Prodigioso número de monjes en la Tebaida.—El Paraíso en el Desierto.—MONASTERIOS DE RELIGIOSAS, en Egipto: Alejandra, Eufrosina.—Las cortesanas convertidas: Pelagia.—Santa Eufrasia.—Los monjes del Sinaí.—Hilarion introduce la vida monástica en Palestina.—Hilarion y Epifanió en la isla de Chipre.—San Efrén en Mesopotamia.—San Simeon Stilita en Siria.—Monjes mártires en Persia.—SAN BASILIO y SAN GREGORIO DE NACIANCÉ en Capadocia: su amistad, su vida monástica, su papel en la Iglesia.—Oposicion violenta que encuentran los monjes en los paganos y arrianos, en los retóricos y sofistas, y hasta en muchos cristianos.—SAN JUAN



VISTA EXTERIOR DEL CONVENTO DE PP. AGUSTINOS, EN NÁPOLES.

engrandecido, florecido, y empezaba á desarrollarse el fruto. En pocos dias podria ser destruida esta esperanza de la mies celeste, y bastaria entónces un soplo helado de la incredulidad para destruir las santas primicias del corazón y desvanecer sus aspiraciones á la eternidad.

Os será, sin embargo, necesario encaminaros en busca de un nuevo preceptor, por mucha solicitud que empleeis en ello, tanto vos como vuestro esposo; despues de haber consultado á todos y adquirido todas las noticias posibles, os encontrareis sin saber por quién

## SECCION HISTÓRICA.

### LOS MONJES DE OCCIDENTE

DESDE SAN BENITO HASTA SAN BERNARDO,

POR

EL CONDE DE MONTALEMBERT,

de la Academia francesa.

### LIBRO II.

#### LOS PRECURSORES MONÁSTICOS EN ORIENTE.

RESÚMEN.—Orígenes de la vida monástica en la antigüedad, en la ley ambigua y en el Evangelio.—La vida monástica debe el sér á Jesucristo.—Los monjes aparecen para reemplazar á los mártires y

Crísóstomo se constituye en apologista de la vida monástica.—Su tratado contra los detractores de ella.—Cómo se condujo con ellos siendo arzobispo de Constantinopla.—Es maltratado por los monjes de Cesarea.—Los monjes de Antioquia, en tiempo de Teodosio.—DECADENCIA DE LOS MONJES DE ORIENTE, que acaban por convertirse en esclavos del islamismo y en cómplices del cisma.

Lo maggior don, che Dio p' r sua larghezza  
Fesse creando, ed alla sua bontate  
Piú confirmado, e qu' l' ch'ei piú apprezza,  
Fu della volontà la libertate,  
Di che le creature intelligenti  
E tutte, e sole furo e son dotate.  
Or ti parrà, se tu quinci argomenti,  
L'alto valor del voto, s'è sì fatto,  
Che Dio consenta, quando tu consenti,  
Che nel fermar tra Dio è l'osomo il patto,  
Vittima fassi di questo tesoro....

DANTE Parad. c. v.

He aquí ya á los monjes frente á frente de los bárbaros.



Hélos ya comenzando en el siglo IV la lucha y el apostolado, que deben durar hasta el XII, y no terminar hasta después de la constitución definitiva de la Europa católica.

Pero ¿de dónde vienen esos monjes? ¿Qué es un monje? Un monje es un cristiano que se retira del mundo, á fin de trabajar con más asiduidad en conseguir su salud eterna. Es un hombre que se aparta de los otros hombres, no por odio ó por desprecio hacia ellos, sino por amor á Dios y al prójimo, y por servirlos tanto mejor, cuanto más purificada tenga su alma.

Esa idea de retiro, de soledad, es la raíz del nombre monje que viene de la palabra griega *monos* solitario. Pero como muchos cristianos han obedecido en todos tiempos al mismo impulso, aquellos solitarios se multiplicaron, se reunieron, reconstituyendo así la vida común de la que huían, y esa vida, fundada sobre la base de una absoluta comunidad en el pensamiento y en la acción, dió el ser al estado monástico.

Pero no basta que el monje se separe del mundo, es preciso, además, que se abstenga de lo que en el mundo es lícito. El monje es, pues, un hombre que se priva de lo que lícitamente podría gozar; toma del Evangelio, no solamente el precepto, sino también el consejo. Para evitar lo que está prohibido, renuncia á lo que está permitido. Para llegar al bien, aspira á la perfección. Para estar más seguro de su salvación, quiere hacer más de lo que se necesita para salvarse. Se impone un género de castidad, de sumisión y de pobreza, que no se exige á todos los cristianos. Renuncia, por un generoso esfuerzo de su libre albedrío, á los lazos del matrimonio y de la familia, á la propiedad individual y á la voluntad personal, pone este triple sacrificio bajo la salvaguardia de una promesa irrevocable, de un voto, y después de haber triunfado de su cuerpo por la continencia, de su alma por la obediencia y del mundo por la pobreza voluntaria, viene, tres veces vencedor, á entregarse á Dios y á tomar puesto en el cuerpo de preferencia de ese ejército que se llama la Iglesia.

Semejante género de vida, es tan antiguo como el mundo. Dos son sus orígenes: uno natural y otro sobrenatural.

Sí, esa vida de soledad y de privaciones, tan contraria en la apariencia á todas las inclinaciones del hombre, tiene sus raíces en la naturaleza humana. Todos, en un momento dado de nuestra vida, hemos sentido ese atractivo misterioso, potente, hacia la soledad, hacia la penitencia religiosa, hacia los sacrificios dolorosos. Todos los pueblos lo han reconocido y respetado. Todas las religiones lo han adoptado y sancionado. Los filósofos, los

moralistas del paganismo han ensalzado á porfía ese entusiasmo por el sacrificio. Las tradiciones escandinavas y germanas conservan de él numerosos vestigios. El mundo oriental se ha entregado con pasión á ese instinto. La India tiene hace tres mil años sus ascetas, que llevan hasta el delirio la ciencia de la mortificación y la práctica de los castigos voluntarios. Aun se les ve, errantes de pueblo en pueblo, ó habitando las vastas comunidades en todas las naciones que reconocen la ley de Boudha. Nada han producido, nada han salvado; el orgullo del error y la corrupción de la pereza les han hecho inútiles para el espíritu humano y para la sociedad; pero en el seno mismo de su abyección dan un immortal testimonio de ese profundo instinto del alma, que la única religión verdadera ha transformado en manantial inagotable de virtudes y de beneficios.

En los tiempos de la civilización antigua, Pithágoras y sus discípulos, á los que ya se daba el nombre de cenobitas (1), Platon en su *República*, Epicteto en su *Cuadro de Cebes*, y tantos otros, han aconsejado este género de existencia, como el último límite de la sabiduría humana. Pero solo el cristianismo, con la institución del orden monástico, ha sabido disciplinar esas impresiones fugitivas, dándoles una dirección eficaz y una energía permanente. Solo él ofrece una sanción divina, un objeto infalible, una recompensa eterna á esa aspiración de la naturaleza que todos reconocen.

Al par de este origen puramente humano y natural de la vida religiosa, hay que reconocer en ella otro origen sobrenatural y divino. En la ley antigua, donde todo es figura ó símbolo de la nueva ley, se encuentran ya modelos de una vida solitaria y tranquila, consagrada enteramente al cultivo del alma. Samuel, en quien propiamente comienza la cadena de los profetas, Elías, sobre todo, luego San Juan Bautista (2), han sido considerados por muchos, no sin razón, como tipos y primeros maestros de la vida monástica.

El Apóstol mismo nos pinta á los Profetas vestidos de pieles de cabra, errantes por los desiertos, por los montes y por las cavernas de la tierra (3). San Agustín los describe separados del pueblo, sepultados en el retiro, lejos de las villas, formando comunidades, escuelas, consagrados á la oración, al trabajo de sus manos y al estudio (4). Sus únicos vestidos son

(1) JAMBLIC. De vita Pithag., 5.

(2) Los Padres Griegos le han calificado con los títulos de *Príncipe de los anacoretas* y *Príncipe de los monjes*.

(3) In melotis, in pelibus caprinis... in solitudinibus errantes, in montibus, in speluncis et cavernis terrae. Hebr., XI, 37-38.

(4) De Civit. Dei. XVIII, 41.

un saco ó pieles de animales (1). Su pobreza se refleja en todos los actos de su vida. Eliseo no tiene más mueblaje que un pobre lecho, una mesa, una silla y un candelero (2). No acepta otros dones que pan de cebada y un poco de queso, el alimento de los pobres. La frugalidad de los Profetas es harto notoria. El ángel no da á Elías para un largo viaje más que pan y agua. El intendente de Achab, Abdías, hombre, dice la Escritura, temeroso de Dios, alimentó con pan y agua á cien Profetas, ocultos en las cavernas. Eliseo hace cocer yerbas silvestres para la refección de sus hermanos los hijos de los Profetas.

(Se continuará.)

## SECCION MONUMENTAL.

### LA CATEDRAL DE BÚRGOS.

En el concepto de los inteligentes, la catedral de Búrgos, dedicada á la Santísima Virgen, es uno de los más notables monumentos de España y del mundo entero. Su arquitectura es tan admirable en conjunto como en sus mínimos detalles, y solo hay que lamentar el que no aparezca desnuda de las construcciones que la rodean. Vista de lejos, produce un efecto maravilloso. Las torres que se elevan sobre la fachada, los capiteles que coronan las murallas, pertenecen al estilo ojival florido que precedió al renacimiento.

Las torres y los capiteles fueron acabados por Juan de Cologne. La piedra está cincelada con exquisita corrección, cual una obra de Benvenuto Cellini. La construcción desaparece bajo los adornos, estatuas, bajo-relieves, follajes, guirnaldas, florones, obeliscos, molduras, doseles, calados, relieves imitando á lo lejos pedrerías incrustadas. Debajo de los pórticos, los artistas han esculpido los hechos más gloriosos de la historia de la Virgen, la Concepción, la Asunción y la Coronación.

La balaustrada superior está compuesta de letras talladas con elegancia, en que se leen las alabanzas á la Madre de Dios: *Pulchra es et decora*. La parte inferior de la fachada ha sido, por desgracia, sacrificada al falso gusto del último siglo, haciendo desaparecer graciosos adornos góticos, para reemplazarlos por otros entonces de moda.

La catedral de Búrgos está edificada sobre una pendiente, de modo, que el portal del Norte está á nueve metros, poco más ó menos, sobre el pavimento de la iglesia. La puerta principal no cede á las otras en ornamentación: los arcos están llenos de esculturas y de

(1) ISAI., XX, 2.—DANIEL, IX, 3.—ZAC., XIII, 4.—Confer. Apoc., XI, 3 y 4; REG., I, 8.

(2) IV, REG., IV, 10.



estátuas. La escalera es obra del renacimiento, debida á Diego de Siloe.

Siguiendo los falsos caminos en que el arte permaneció algun tiempo estancado á principios del siglo XVI, se observa allí una mezcla extraña de lo sagrado y lo profano, y se ven imágenes de los santos al lado de las figuras mitológicas.

La puerta del Mediodía se distingue de igual manera por el lujo de su ornamentación. Las personas competentes estiman en sumo grado las estátuas de la Virgen con el niño, de San Pedro y de San Pablo. Citaremos, entre otras, cerca de la puerta del Perdon, una estatua del Salvador, con esta inscripción:

EGO SUM PRINCIPIUM ET FINIS, ALPHA ET OMEGA.

La catedral de Búrgos, comenzada en 1221, bajo el reinado de San Fernando, no se concluyó, segun ha podido deducirse de los detalles que anteceden hasta el siglo XVI. El obispo de Búrgos, fundador del edificio, es calificado de amigo del rey, por los cronistas contemporáneos. San Fernando ayudó eficazmente á la ejecucion de tan magnífica empresa. Este príncipe era sobrino de la reina de Francia, Blanca de Castilla, madre de San Luis, y ocupa por muchos y renombrados motivos un lugar glorioso en nuestra historia nacional. Entre otros títulos, ostenta el de fundador y protector de varias iglesias, de la de Búrgos con especialidad.

Al penetrar en esta catedral, hiere la vista la vivacidad de la luz, lo cual se debe á la blancura de los materiales, y principalmente á la falta de vidrios pintados. La lucerna, media naranja ó *cimborio* sobre la bóveda, cuya altura es de cincuenta y cinco metros, contribuye tambien á alumbrar más y más el edificio.

Esta cúpula, edificada sobre un octógono, es de atrevida construcción, recargada de adornos y de escudos. La bóveda es de una riqueza deslumbrante; todos sus detalles son tan elegantes, que con razon se la llama *obra de ángeles*. El estilo ojival ha reunido allí sus follajes más nutridos y sus flores más graciosas: en ninguna parte mejor que en Búrgos ha podido merecer el nombre de gótico florido. Esta obra maravillosa, en que se descubre la influencia del renacimiento en más de una ocasion, fué acabada el 4 de Diciembre de 1567, habiéndose hecho los trabajos á expensas del Arzobispo Juan Alvarez de Toledo, hijo del duque de Alba. La primera bóveda se habia echado el 3 de Marzo de 1539.

Mucho se ha dicho de la magnificencia del altar mayor y del cancel del coro. El retablo del altar, adornado con columnas torneadas, cubierto de dorados y esculturas, data desde 1575. Nótanse en él muchas tallas admirables, entre otras el grupo de la Virgen, obra de

Miguel de Ancheta. El presbiterio puede considerarse como panteon real, á causa de las sepulturas de príncipes y princesas de sangre real, que allí se han abierto en distintas épocas. Estas tumbas, que encierran á los poderosos del siglo, á los cuales ha perseguido la muerte hasta más allá de la nada, segun una elocuente expresion de Bossuet, revelan patentemente la grandeza de la única Majestad que no sufre al paso de los siglos, y que domina todos los acontecimientos del mundo.

El trono arzobispal y las sillas de los Canónigos, son obra de ebanistería, dignas del mayor elogio. Los bajo-relieves, representan hechos históricos tomados de la Biblia.

Entre los adornos del cancel del coro, es notable el árbol genealógico del Señor, cuyas flexibles ramas se entrelazan como la yedra, y en su follaje se ven preciosas esculturas finamente modeladas y llenas de expresion.

A pesar del lujo extraordinario que brilla en todo el edificio, al ver las capillas, parece que los mejores objetos de arte han sido acumulados allí á capricho; tal es la abundancia y riqueza que de ellos se echa de ver. Solamente en ellas existen vidrieras primorosas, que se han librado por milagro de las causas de destruccion que han destrozado los demás vidrios. Tumbas, estátuas, cuadros, magníficos retablos absorben las miradas. La capilla del Condestable se distingue entre las demás. Fundada en 1487 para servir de sepultura á los miembros de la ilustre familia de los Velascos, Condestables hereditarios de Castilla, es tan espaciosa como muchas iglesias, y está decorada con exquisito buen gusto.

Las esculturas son de Juan de Borgoña, el mismo que construyó, en calidad de arquitecto, la cúpula gótica, bajo la cual está colocado su sepulcro. La presencia de un artista francés en Búrgos, explica por qué la arquitectura de ojivas de fines del siglo XV, recargada de adornos en España, como las innumerables iglesias de la misma época de Borgoña, presenta al mismo tiempo la mayor parte de los caracteres de los primeros tiempos del renacimiento francés.

Juan de Borgoña ha desplegado todo su talento en composiciones admirables, tales como la Agonía del Salvador, la Cruz acuestas, la Crucifixion, la Resurreccion y la Ascension. Contemplando estas finas esculturas, apenas se fija la atencion en los delicados bordados en piedra, cuyo ligero tejido, entrelazado de escudos y divisas heráldicas, demuestra la habilidad y paciencia del cincel. Al pié del altar yacen los restos de Pedro Hernandez Velasco, fundador de la capilla, muerto en 1492, y los de su mujer Mencía Lopez de Mendoza, muerta en 1500. Las estátuas de estos dos personajes son de tamaño natural, y fueron eje-

cutadas en Italia, y trasportadas en 1540. A los piés de doña Mencía yace echado un perro, símbolo de fidelidad.

En la capilla dedicada á Santa Ana yace el Arzobispo Luis de Acuña y Osorio. Este prelado, al cual se debe la terminacion de una de las bellas torres de la fachada, está representado revestido de sus ornamentos pontificales. Su estatua está acompañada de cuatro figuras llenas de nobleza, y que personifican las cuatro virtudes cardinales. Entre el número de maravillas que se ven en este santuario, debemos contar un cuadro de Andrés del Sarto: la Virgen tiene al niño Jesús sobre sus rodillas, San José y San Juan Bautista están á los lados. Esta pintura es digna del maestro italiano, y encantador el tipo de la cabeza de la Virgen. Nótese, dice un autor extranjero, que el culto de la Virgen Santísima ha producido en España y en Italia un sinnúmero de obras de arte, tan notables por la belleza de la forma, la correccion del dibujo y la perfeccion del colorido, como por la dignidad, la pureza y la nobleza de la expresion.

No continuaremos la enumeracion de las magníficas obras de arte que llenan la iglesia metropolitana de Búrgos. No seríamos justos, sin embargo, si pasásemos en silencio el monumento elevado en honor de Alonso de Cartagena, eminente historiador, que subió en 1435 á la silla episcopal de Búrgos, en donde gozó de la fama de hombre instruido, piadoso y lleno de santo celo.

Hay que confesar, dice el autor ántes citado, que el más precioso ornamento de Nuestra Señora de Búrgos, así como de la mayor parte de las iglesias de España, es la devocion de los fieles. Los hijos de los castellanos que lucharon contra los moros, que habian invadido las mejores provincias de su patria, no han olvidado la noble divisa de sus padres: LEALTAD Y AMOR DE DIOS.

## SECCION BIOGRÁFICA.

### EL ABATE MARCHENA.

Es una desgracia bien lamentable para este escritor, y aun para la España, que le dió el sér, que en lugar de venerar con humilde respeto y conservar constantemente la católica fé de sus buenos y piadosos padres, renunciase á las consoladoras creencias religiosas, entregándose al escepticismo desde muy jóven, y cayendo por fin, como era natural, en el abismo insondable de la incredulidad y del ateismo. Justo castigo del satánico orgullo que le dominaba. Tal fué el resultado del continuo estudio de los filósofos enciclopedistas, á que se dedicó con hidrópica avidez el escolar andaluz. De aquí nacieron las persecuciones que



sufrió más de una vez, y las extrañas vicisitudes de su novelesca y borrascosa existencia.

Al mismo funesto origen se debe igualmente el que su renombre como literato y poeta no sea más glorioso y digno. Voltaire no adquirió el envidiable lauro *de primer historiador de la Francia, por no haber sido escritor cristiano*, como observa Chateaubriand. *No hay cosa más prosaica que la incredulidad*, ha dicho nuestro elegante y profundo Lista. En este concepto, bien se puede afirmar, sin temor de equivocarse, que Marchena ocuparía hoy un lugar nada desairado por cierto entre Fr. Luis de Leon y Fernando de Herrera, si hubiera guardado sin extinguirse en el fondo de su corazón, como aquellos ilustres y religiosos vates, el sagrado fuego de la fé católica, principio y fuente del verdadero entusiasmo poético. El mismo Marchena era seguramente de esta opinion, cuando escribió su famosa *oda á Cristo Crucificado*, la más notable de sus composiciones poéticas, creyendo justamente que sola la religion, que tan impiamente habia abjurado, podian inspirarle sublimidad en los pensamientos y grandilocuencia en las palabras.

Sépárense por un momento de la historia de nuestra literatura los celestiales escritos de la Santa Reformadora del Carmelo, y los de su digno compañero San Juan de la Cruz, los magníficos libros del venerable Juan de Avila, y los de su elocuentísimo discípulo Fr. Luis de Granada; las obras espirituales de los padres Malon de Chaide, Diego de Estella y Alonso Rodriguez; las de los ejemplares sacerdotes Yepes, Marquez, Sigüenza y demás prosistas ascéticos. Suprimánsese de nuestro Parnaso todas las poesías sagradas, desde la que ensalza y engrandece la Omnipotencia del Señor, por haber concedido á los españoles la más cumplida victoria en el golfo de Lepanto, hasta las que han escrito en nuestros dias Melendez, Lista y Reinoso, para cantar la Religion de nuestros mayores. Y en tal supuesto, nuestra riqueza, nuestro tesoro literario, que ahora no cede al de ninguna de las naciones de Europa, como reconocen y confiesan los mismos extranjeros, quedaria reducido con mengua nuestra á la escasez y pobreza más humillante. Hasta las obras mismas del Príncipe de nuestros ingenios no serian oro de tan subidos quilates, si mezclados con la sal ática de sus gracias y agudos chistes, no brillaran en sus inmortales páginas aquel santo temor de Dios, aquella humildad y resignacion y fé cristiana, que lejos de cortar el vuelo á nuestros más esclarecidos escritores de otros siglos, les prestaban alas para remontarse á las elevadas regiones de la sublimidad y de la grandeza.

Permítaseme repetir aquí (pues viene muy al caso) lo mismo que escribí en la biografía

del sábio Obispo de Alba, Marco Gerónimo Vida, impresa al fin del tomo 6.º del célebre catálogo, publicado por mi ilustre amigo el Excmo. señor marqués de Morante:

«Este himno, que el piadoso Prelado dirige al Altísimo, como principal objeto de la adoracion del cristiano, es un himno sublime. «Sola la fé católica podia sostener el atrevido vuelo que toma el númen de poeta desde un principio, al celebrar el inefable nombre del Supremo Hacedor. El mismo Homero no canta con tal grandilocuencia y solemnidad los Dioses del Paganismo. La Religion de Jesucristo enseñando al hombre su alteza y dignidad, y la grandeza de Dios, inspira á sus labios un lenguaje sobrehumano, desconocido de los vates de Grecia y Roma, aunque éstos á veces fueron mónstruos de talento, como el Cantor de Aquiles.

«Gerónimo Vida, usando de una apóstrofe admirable, dirige la palabra al mar, á la tierra y á los vientos, preguntándoles por su Dios, y todos le responden unánimes que son obra de la Omnipotente diestra. Se eleva en alas del genio á la mansion de la luz, y asombrado y lleno de profundo respeto, encontrándose frente á frente con los coros de espíritus alados, va á doblar la rodilla para adorar al más bello y radiante de los ángeles, que le detiene con su voz, entonando un cántico de amor y alabanzas á Jehová, repetido por las sagradas legiones, que con santo júbilo y dulcísima armonía se apellidan obedientes y sumisas criaturas de su Dios y su Señor».

De tan sencillas reflexiones resulta que Marchena, por haber sido incrédulo, no pertenece al reducido número de nuestros poetas de primer orden, entre los que no le hubiera sido difícil conquistarse un puesto no ménos apetecido que honroso. De todos modos, son muy dignas de ser leídas algunas de sus obras literarias. Publicadas éstas en el extranjero, donde vivió el autor la mayor parte de su vida, no han circulado entre nosotros como las de otros ingenios, amigos y contemporáneos suyos, que dieron á luz sus composiciones en España.

Don José Marchena nació en Utrera, provincia de Sevilla, el 18 de Noviembre de 1768. Era hijo de don Antonio y doña Josefa María Ruiz y Cueto, que le dieron una educacion muy cristiana, destinándole al estado eclesiástico, por lo que recibió en su adolescencia la tonsura y órdenes menores. Segun informes que he recibido últimamente de un primo suyo, anciano octogenario y respetable, que lo trató muy de cerca, no quiso aprender mas que gramática latina en sus primeros años, habiéndose resistido obstinadamente á comenzar la filosofía, y sobre todo, á dedicarse á los estudios eclesiásticos, como deseaba su familia. En cambio

se ocupaba con el mayor ardor de la lengua y literatura francesa. Algunas de las obras que publicó posteriormente, manifiestan su aprovechamiento en uno y otro idioma.

No es cierto que se ordenara de Diácono como propalaron muchos años despues en son de burla algunos de sus émulos. Además de que no hay de esto la menor noticia en su pueblo natal, donde viven todavía algunos viejos que le conocieron personalmente, mi apreciable amigo el señor don Fernando de Olmedo y Lopez, Canónigo de la Catedral de Sevilla, ha examinado detenidamente, por encargo mio, los libros de órdenes de aquel Arzobispado, y de sus diligencias resulta que jamás pasó de grados menores.

Imbuido Marchena en las ideas volterrianas, comenzó á manifestar opiniones tan osadas como irreligiosas, que no podian ni debian tolerarse en la católica España. Encausado por la Inquisicion y próximo á ser encarcelado, se refugió en Gibraltar, y desde allí se trasladó á Francia, donde acababa de estallar la revolucion. No tardaron en darle á conocer en París su actividad y talento, y sobre todo, *su facilidad verdaderamente asombrosa en hablar y escribir el idioma del país y otras lenguas*, como dice Michaud.

Marat fué el primero que le buscó y ofreció su amistad, franqueándole las columnas de su periódico, el *Amigo del Pueblo*, de cuya redaccion tuvo el español la cordura de separarse muy pronto, horrorizado de las ideas de sangre y esterminio que vertía sin cesar aquel cínico y furioso tribuno. A fin de escudarse contra el resentimiento y venganza de Marat, con la proteccion de Brissot, procuró afiliarse en el partido de la Gironda, sufriendo con admirable estoicismo las vicisitudes y horribles padecimientos que le ocasionó aquella adhesion. Preciado á huir precipitadamente de la capital, se dirigió al mediodia de la Francia; mas habiéndole detenido en el camino, lo condujeron á Paris con el representante Duchatel y el Marsellés Riouffe, autor de las *Memorias de un arrestado*, en las que dice, hablando de Marchena: *Yo no he visto jamás un alma más enérgica ni más ardiente*.

Bien lo demostró poco despues, insultando desde un calabozo de la Conserjería á Robespierre, á cuya voz rodaban entónces en la guillotina las más poderosas cabezas. Degollados por su orden Danton, Desmoulins, Lacroix y otros, fué perdonado Marchena, lo que no era de esperarse. Mas en lugar de dar las gracias, como hubieran hecho otros, al opresor y verdugo de la Francia, por su inusitada clemencia, osó desafiar su terrible poder y ferocidad, escribiéndole desde su prision las siguientes palabras en una cuartilla de papel: *Tirano, tú me has olvidado; y al inmediato dia otro*



billete, concebido en estos términos: ¡O máteme, ó dame de comer, tirano! Tanta firmeza de alma no pudo menos de hacer profunda impresion en el ánimo de Robespierre, quien no solamente perdonó tamaña audacia, sino que quiso utilizar aquel indomable carácter para llevar á cabo sus sanguinarios proyectos. Marchena, empero, rechazó con indignacion las muestras de proteccion y benevolencia con que quiso halagarle aquel hombre desalmado.

Al fin fué vencido y ajusticiado este mónico, á cuya caída contribuyó no poco con su travesura y talento la famosa española Teresa Cabarrús, tan conocida despues con el título de Princesa de Chimay. La Francia respiró, y Marchena recobró su libertad, como tantas otras víctimas que gemian en las cárceles, esperando hallar en el cadalso el término de sus padecimientos. Entonces fué nombrado de la *comision de salud pública*, y comenzó á escribir en el *Amigo de las Leyes*, periódico que dirigia Poulthier. La persecucion le vino entonces de parte de sus mismos correligionarios, que á voz en grito le acusaban de *retrogrado*. No era Marchena muy capaz de perdonar á sus contrarios, que lograron por fin destituirle de su destino. De aquí es, que por vengarse, lanzó contra los jefes del partido dominante, Tallien, Legendre y Freron, una granizada de folletos, que rebosaban la hiel y el veneno de su ira y de su indignacion. Estos apasionados escritos, al paso que causaban mucho daño á sus adversarios, produjeron á su autor no escasas amarguras y sinsabores. En esta época fué, cuando hallándole en la calle un amigo suyo, y viéndole armado de un sable más grande que él mismo, díjole con burlona sonrisa: *Marchena, ¿dónde vas pegado á ese descomunil chafarote?* Este chiste produjo algunos epigramas, con que uno de sus émulos (hombre de talento y buen humor) trató de ridiculizar su pequeña estatura y deformidad repugnante; porque Marchena, no solamente era *feamente feo*, sino que más que figura humana, parecia *un sátiro de las selvas*, como ha dicho uno de sus biógrafos.

En 1797 aparece atacando encarnizadamente al Directorio, el cual, aplicándole la ley sobre los extranjeros, le mandó salir del territorio de la república. Mas al ser conducido por la fuerza armada hácia la frontera de Suiza, recibió gracia del *Consejo de los Quinientos*, al que habia apelado, y se le confirmaron como deseaba, los derechos de ciudadano francés, que venía disfrutando hacia cinco años. Esta prerogativa le valió el nombramiento de Secretario, con que le agració el general Moreau, cuando en 1801 se le confió el mando del ejército del Rhin.

Parece increíble que en medio de una vida

tan agitada y llena de peligros, tuviera Marchena humor y tiempo para cultivar las letras; y sin embargo, no hay cosa más cierta. Por entonces escribió una obrilla, que aunque de muy breves dimensiones, llamó la atencion de los doctos, dando con ello su autor una prueba más de su buen gusto, de su ingenio y travesura. Publicó una cancion francesa bastante libre, cuya lectura excitó la indignacion del austero Moreau, que reprendió con militar aspereza al impúdico vate. Este, por disculparse, aseguró á su jefe que aquellos versos no eran mas que una version literal de otros inéditos de Petronio. Efectivamente, á los dos dias presentó al general un fragmento latino, que decia haber copiado de un manuscrito antiquísimo de la biblioteca de Sant-Gall.

GASPAR BONO SERRANO.

(Se continuará.)



EL EMPERADOR MAXIMILIANO.

## VARIEDADES.

### CARTAS DEL EMPERADOR MAXIMILIANO (1).

Á BORDO DE LA FRAGATA DE S. M. «NOVARA» 1.º DE JUNIO DE 1855.

#### I.

Mi buena y querida mamá:

La ciudad Santa y Eterna ha ejercido en mi corazon una fuerte y saludable impresion, y me atrevo á decir tambien que nuestra peregrinacion ha disipado bastantes preocupaciones.

He llegado á Roma como católico ferviente y sincero, lo que ha conmovido bastante al Padre Santo, por lo cual doy gracias á Dios.

Mi permanencia en la reina de las ciudades ha sido, por desgracia, bien corta, y sin embargo, á fuerza de actividad y fatigas, he visto casi todo lo que hay que ver en ella. Desde nuestra llegada, y apro-

(1) Creemos muy oportuna la publicacion de estas cartas del infortunado emperador de Méjico, en las que resplandece la más pura fé de los sentimientos católicos.

vechando la claridad de la luna, me dediqué á ver los más célebres monumentos de la antigüedad. ¡Cómo pensaba en V., mi buena madre, en una bella noche meridional, contemplando el inmortal Coliseo! ¡Cuánto hubiera gozado V. con este espectáculo! Al siguiente dia, muy de mañana, recorrí la ciudad, para formar una idea general de ella. A las diez me dirigí en coche al Vaticano, con gran pompa, y acompañado de un numeroso séquito, para asistir á la misa mayor de Pentecostés en la capilla Sixtina.

Allí vi la corte romana con todo su esplendor y dignidad, los innumerables Cardenales y Prelados, y en medio de ellos se presentó, cuando estaban todos de rodillas, el jefe de la cristiandad con la Tiara: ¡escena imponente y conmovedora! ¡Cómo conoce uno en Roma lo poco que vale! No hay mas que un centro, que es el Papa. Se ve uno obligado interiormente á postrarse ante él, y parece como que se goza en ello.

Las grandezas del mundo, comparadas con su grandeza, se convierten en cosas accesorias. El Príncipe está en la capilla como cualquier otro de los fieles, y nadie se inclina sino delante del trono del Papa.

Despues de la misa, cantada por los célebres músicos del Papa, obtuve audiencia del Padre Santo. Los camareros vestían de gala. Avanzamos en cortejo de salon en salon, dejando siempre atrás parte de mi acompañamiento. El momento era solemne: yo esperaba sobreexcitado. En fin, el Papa se mostró en la puerta de la sala del trono. Al verle incliné tres veces la rodilla, rogándole que me permitiese besar sus piés, lo cual no consintió sino despues de hacer alguna resistencia. Este acto de filial veneracion pareció agraderle mucho. Me hizo sentar en la sala del trono, y me habló largo tiempo de un modo afable, franco y cordial. Entonces tuve el honor de presentarle mi séquito, que era bastante considerable, pues habian querido muchos oficiales de la escuadra acompañarme á Roma.

Despues de hacer otras tres genuflexiones, fui á presentarme al Cardenal Antonelli, el cual me habia ya visitado el dia anterior, poco despues de mi llegada. Es un hombre distinguido, de una mirada llena de finura, hábil y *del todo en el buen camino*.

Al salir de casa del cardenal Antonelli, vi á Luisa de Sajonia, la cual mostró riéndose una alegría bastante expresiva. Por la tarde visité, en compañía de mi querido Rauscher, que por cariño á mi persona habia diferido su vuelta á Nápoles, quien me produjo una alegría inexplicable con su encuentro, los antiguos monumentos tan interesantes de Roma, y la iglesia de San Pablo, bastante bella, y que ha sido reparada nuevamente.

Al anoecer asistí á una esplendida comida en casa de Esterhazi, que habia salido á recibirme en Ancona, y se mostró muy complaciente conmigo durante mi estancia en Roma. Su jóven y amable esposa da grandes esperanzas. Ya entrada la noche, fui otra vez al Coliseo para admirarle de nuevo á los pálidos reflejos de la luna. Por la mañana temprano del lunes de Pentecostés, me confesé con un sacerdote alemán, á las siete fui al Vaticano, y me introdujeron en la capilla doméstica del Papa.

A las siete y media celebró la misa con mucha majestad y voz sonora. En el momento en que me dió la sagrada comunión, dió un profundo suspiro; su voz y su figura temblaron: estaba visiblemente conmovido.

En cuanto á mí, este santo momento me llenó de gozo y me fortificó, como mi permanencia en Roma,



que ha arraigado mis sentimientos religiosos. Inmediatamente después de celebrar la misa, se arrodilló el Padre Santo, y un sacerdote celebró otra misa. Después de haberla oído, me desayuné con el Papa. El servicio de su mesa es de plata sobredorada, pero de una sencillez de cura rural, que me conmovió. Cuando hubimos conversado bastante tiempo de bastantes cosas, me hizo el Padre Santo preciosos regalos. Le supliqué que me echara la bendición, lo mismo que al emperador, á V., mi querida mamá, y á toda la familia, hecho lo cual me despedí de él, besándole los pies. En el Vaticano encontré á Rauscher, y visité con él los numerosos y maravillosos tesoros artísticos de este inmenso palacio, que es tan grande, que parece un pueblo.

A las primeras horas de la tarde estuvimos viendo detalladamente la iglesia de San Pedro, á cuya parte exterior de la cúpula he subido. Ante esta gigantesca cúpula, el corazón se dilata, y no se cansa uno de admirar las dimensiones colosales y armoniosas de este vasto edificio. Es grandiosa expresión de la Iglesia triunfante. Esto es lo que exalta el alma católica.

Todavía hicimos una excursión por la ciudad, y tuvimos después una comida exclusivamente austriaca en nuestro palacio, verdadera fortaleza feudal. Más tarde dimos un paseo por la plaza de San Pedro, con el objeto de admirar, á la claridad de la luna, el obelisco, la gigantesca columnata y las soberbias fuentes que allí se contemplan.

El martes nos dijo la santa misa Rauscher en la iglesia austro-alemana y se nos pasó el día en visitar los monumentos antiguos de las iglesias y los museos. Entre otras innumerables maravillas, vimos la graciosa *vila* Borghese, y subimos la santa Scala de rodillas, lo que nos hizo sudar y sufrir alguna cosa.

A las seis recibí algunas visitas, y entre otras la del general de los jesuitas. Por la noche asistí á una gran comida en casa del Cardenal Antonelli, con los Cardenales y diplomáticos. Después de la comida, nuestro huésped nos enseñó el museo del Vaticano, el cual, con las luces, ofrecía un bellissimo espectáculo. Poco después de media noche abandonamos á Roma, con el corazón lleno de alegría por las dulces y saludables emociones que habíamos experimentado en ella. Esta estancia tan corta ¡cuánto bien me ha hecho! Además de repetidos goces, he adquirido, sobre una infinidad de cosas, nociones más extendidas, más universales, y una inteligencia más católica.

El 31, después de medio día, estaba ya de regreso en Ancona, la cual he dejado al primer viento favorable, dirigiéndome con la escuadra hacia Grecia y Ragusa, donde espero arribar. Pienso enviar á V. esta carta en el buque del carbon, la cual ruego á V. mi buena mamá, que la traslade á mi querido Carlos á Bomberg.

Anteayer he recibido una carta suya bastante interesante y afectuosa. Siento no tener suficiente tiempo para escribirle todos estos detalles, y yo creo que ha tenido demasiados deseos de saber de mí.

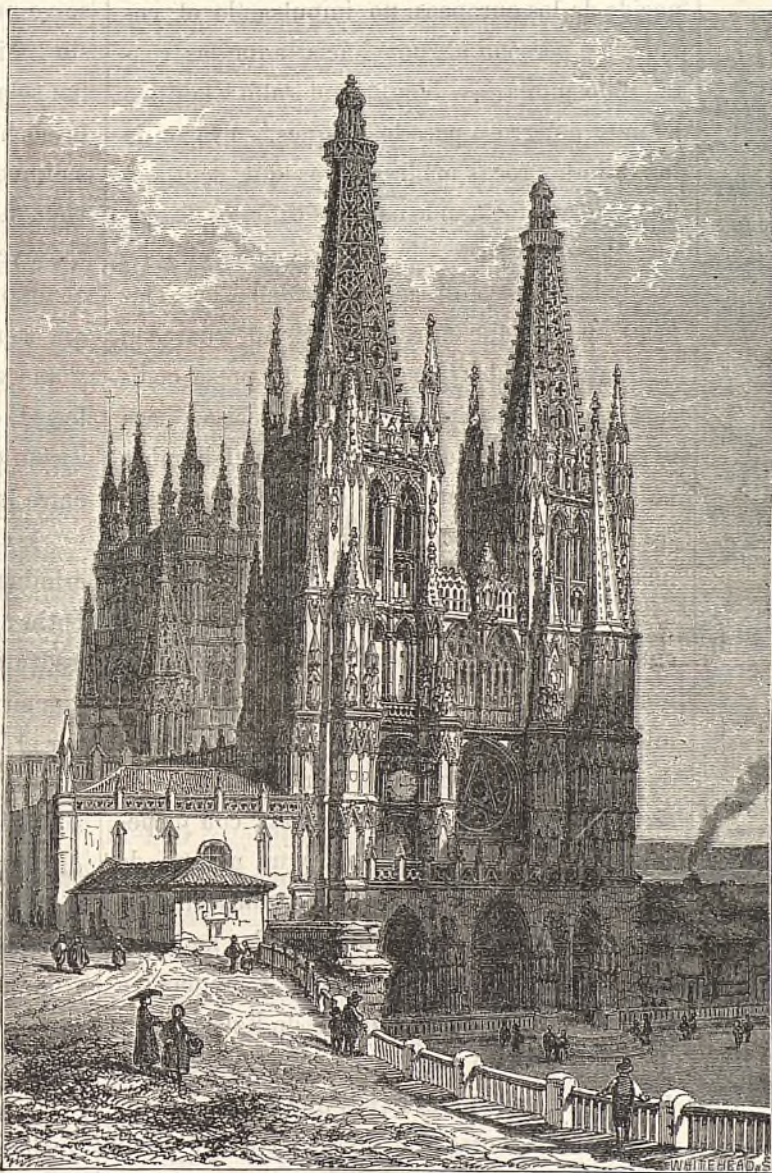
Adjuntos van dos ejemplares de mis apuntes del viaje á España para SS. MM. No los remito encuadernados, como debía, porque los libros de mi viaje á Italia han sido encuadernados en Viena, y además, que en Trieste están bastante atrasados en este arte.

El Padre Santo ha tenido la bondad de bendecirme cincuenta rosarios, los cuales me propongo llevar para los parientes y amigos.

Pero antes pienso depositarlos en el Santo Sepulcro, á fin de que reunan la doble bendición, histórica y religiosa. Entretanto, envío un rosario para la pequeña Sofía, rogando al mismo tiempo que se le coloque sobre su cuna.

Beso á VV. las manos, mis queridos mamá y papá, y queda de VV. seguro servidor, su hijo

F. MAX.



CATEDRAL DE BURGOS.

Me arrodillo á los pies de SS. MM., beso las manos á mi abuela y á mi tío Ludovico. Abracen VV. á Babi, diciéndole mil cosas de mi parte.

## II.

A BORDO DEL BUQUE DE S. M. «ELISABETH», 6 DE JULIO DE 1855.

Mi querida buena mamá:

A causa de los vaivenes y cabezadas del vapor, apenas mi buena madre, he podido disponer estos días pasados de algunos momentos para escribirle á V.

De Atenas dirigi la escuadra hacia el puerto de Jerea, en la villa de Candia, lugar casi desierto, pero bastante abrigado y de fácil desembarco. En nuestro viaje hemos tenido un fuerte temporal, que duró un

día y una noche; pero por fortuna estábamos en alta mar, y aunque ocasionó algunas averías en la escuadra, éstas no fueron de consideración.

De Jerea hice una excursión á Beirouth en el vapor *Elisabeth*, con el objeto de ver al célebre príncipe católico del Líbano, (simpático al Austria) y visitar las iglesias y conventos cristianos.

A causa del excesivo calor, pasamos un día fatigoso, pero extraordinariamente interesante. Si el Líbano nos asombra por su grandiosa forma y por su sólida base de rocas, los maronitas que le habitan no nos llaman menos la atención por la pureza de su fe y sus costumbres patriarcales fielmente conservadas. La majestad de la naturaleza y las sublimes é indescriptibles emociones que se experimentan en estas montañas, elevan y fortifican el alma.

Si por un lado se detiene la vista ante las ásperas cumbres, en unas rápidas pendientes se hallan suspendidas, como nido de águila, y en alturas que producen un vértigo las aldeas de los cristianos, por el otro vemos á nuestros pies las encantadoras llanuras de Beirouth, cubiertas de laureles, extendiendo muellemente su verde césped en el azulado espejo de la mar lejana que se pierde en la inmensidad. Para dar á este bello cuadro cierto aire de melancolía, á la izquierda de esta floreciente ciudad comercial, avanza el desierto como los medanos del mar, sus conquistas funestas, ensanchando su zona de áridas arenas, de un color rojizo y uniforme, que le dan un aspecto imponente y realmente bello en su vasta monotonía. Yo comprendo perfectamente que el beduíno se apegue á su soledad, como el marinero á la mar.

Inmediatamente que llegamos á Jafa, cerca de media noche sería, montamos á caballo, y comenzamos nuestra peregrinación á la ciudad del Salvador, en compañía del provincial de capuchinos, que había salido á nuestro encuentro desde Jerusalem, y gozando de una bella luna y dulce temperatura. Nuestro viaje á través de las áridas llanuras de Saron y espantosas y aun peligrosas montañas, á causa de los malos caminos de la Judea, montañas que parecían no acabar nunca, fué, más que fatigoso, mortificador.

Poco nos faltó para perecer de sed y de calor. Conté estas horas como las más terribles de mi vida. Pero, gracias

á Dios, yo tengo valor y energía en los viajes, sin lo cual no hubiera andado tanto. Por otra parte, la peregrinación debe ser difícil y penosa para expiar nuestros pecados. Cuando no nos separaba de Jerusalem sino un monte, se extendió mi tienda de hierro, que por cierto es bastante cómoda, en ella nos compusimos un poco, y nos vestimos de gran uniforme.

El Pachá y los Cónsules nos recibieron en la altura, desde la cual estaba yo impaciente por ver la ciudad. En cuanto la vimos, nos hincamos de rodillas é hicimos oración, rodeados de una infinidad de curiosos.

Segun mi deseo, caminamos hacia la Ciudad Santa á pié, yendo el Pachá delante con sus oficiales, y nosotros, en medio de una multitud de gente con



los trajes más abigarrados del Norte y Sur, entre la cual se contaban gran número de judíos austriacos, que nos servían de escolta.

El patriarca á la cabeza de todo el clero, nos esperaba en las puertas de la ciudad. Yo me arrodillé para besar la cruz, y me dirigió algunas palabras, después de las cuales marchamos procesionalmente á la iglesia del Santo Sepulcro, cantando el *Te Deum*.

Los dos días y medio que pasé en Jerusalem y en Belén, figuran entre los más dichosos de mi vida, pues nunca hubiera yo esperado de la religión tanto consuelo, tanta fortaleza, tantos gozos inefables. Ahora debo más que nunca, mi querida madre, daros las gracias, y al abate Colombey, de habernos educado tan cristianamente. Así es, que me esfuerzo pidiendo al cielo por todos vosotros. Los diversos Lugares Santos me han hecho cada uno una profunda impresión....

La comunión en el Santo Sepulcro fortificó mi alma; de buena gana me hubiera resignado á vivir y morir en Jerusalem. ¡Se siente uno en ella tan admirablemente confirmado en la fe, tan dichoso por estar reconciliado con Dios, tan superior á las pequeñeces de la vida! No podía apartarme del Santo Sepulcro y de sus consuelos: á cada instante me atraía de nuevo. En Roma he hallado el espíritu, el sublime espíritu de la religión; en Jerusalem, un mes después, he encontrado el corazón lleno de amor. Bendigo á Dios de haberme mostrado uno y otro.

Nuestro regreso á Jafa lo efectuamos en gran parte de noche, lo que disminuyó las fatigas y penalidades. En este momento nos lleva el vapor hacia Alejandría, donde espero tener noticias recientes de la patria. ¡Dios quiera que todas sean buenas!

Disimulad, mi buena madre, estos garabatos. El buque corre y oscila atrozmente. Dé V. á leer mi carta á Carlos y al abate Colombey.

Beso á VV. las manos y á mi querido papá, y queda de VV. vuestro afectuoso hijo,

F. MAX.

Me echo á los pies de SS. MM.; beso las manos á mi abuela y á mi tío Ludovico. Abracen VV. á Babi, y díganle mil cosas de mi parte.

## VIAJE Á TIERRA SANTA.

EL DESIERTO.—PÉTRA.

(Continuación.)

Al salir del monasterio de Santa Catalina, fija el viajero la mirada en el Sinaí, porque la santa montaña ejerce sobre él una especie de fascinación invencible. Empezando el camino que, desde aquel paraje, conduce á Akabah, se cruzan estrechos desfiladeros y profundos valles, surcados por los torrentes. Las vertientes orientales del grupo sinaítico son más temibles aun que las occidentales; obstruido de guijarros el camino, tropiezan á cada paso los camellos cruzándole, y en la época de los equinoccios furiosos vendabales trastornan el suelo, grietándole ó cubriéndole en términos de hacer impracticables y desconocidas las sendas frecuentadas en estaciones anteriores. Tan peligroso es el tránsito, que los árabes mismos no cesan de inquirir la situación, examinan-

do rocas, valles y colinas en toda la extensión que la vista alcanza en aquella profunda soledad, cuyo silencio interrumpe solamente el pasajero rumor de alguna errante caravana.

Después de vagar largo trecho en un laberinto de sinuosidades, se desemboca al fin en el Uadi-Ghazalet, ó sea *valle de la gacela*, dejando atrás al Sinaí, cuya cresta se empina hacia el firmamento como para dirigir un saludo de despedida. La marcha es allí menos penosa, aunque la aridez estremada y la carencia absoluta de aguas se hace sentir en extremo; pero al cabo, faldeando un montecillo, aparece de nuevo á la vista el mar resplandeciente. El golfo oriental del mar Rojo es casi desconocido de los europeos, no impulsando el comercio á persona alguna hacia aquellas costas inhospitalarias, bien que el golfo Elanítico es muy peligroso para los buques, en razón de las infinitas rocas madreporicas que oculta á flor de agua, formando escollos difíciles de evitar. Por otra parte, las orillas del golfo de Akabah tampoco ofrecen seguridad á los viajeros, puesto que entre sus rocas se guarecen beduinos armados que acechan la presa codiciosos, resueltos á matar, si es preciso, para robar mejor; que desgraciadamente el hombre no halla en el desierto mas que enemigos, contra quienes son pocas todas las precauciones imaginables.

La famosa Akabah, tan ponderada en lo antiguo, no es hoy ni sombra de lo que fué. Forman hoy su recinto unas cuantas chozas miserables, cuyas puertas dan paso á la suciedad y á la indigencia, una torre cuadrada que sirve de alojamiento al gobernador con un pelotón de tropa indisciplinada, y un plantío de palmeras, á cuya apacible sombra buscan abrigo unos cuantos seres cubiertos de harapos: tal es en el día la población que reemplazó á la antigua y opulenta ciudad de Eziongaber, de donde partían veloces á surcar el Océano Indico las orgullosas naves que Salomón enviaba á Ofir y otras remotas playas. A pesar de su miseria, no carece de cierto encanto y pintoresco atractivo aquel pobre pueblo de cuatrocientos habitantes, que vejetan á orillas del golfo Elanítico. El mar es magnífico; la rada parece segura y cómoda; la vegetación no há menester mas que cultivo para desarrollarse; las montañas cierran el fondo del cuadro. Si los hombres estuviesen allí menos degradados, la naturaleza sería admirable.

Pretender descansar entre aquellos salvajes, cosa es imposible; apenas se arman las tiendas son invadidas por un enjambre de ociosos, que preguntan, ven, examinan, recorren y tocan todo, cantando y bailando con algazara estrepitosa, sin abandonar á los forasteros mientras no se les dé algo á guisa de rescate.

La jornada invertida en cruzar el desierto

de Tyh, es lo más monótono y triste que puede imaginarse; figúrese el lector un país sin verdura ninguna, un sol abrasador, un cielo que jamás empaña una nube, llanuras cubiertas de arena y montañas más áridas aun, sobre las cuales se extiende la vista sin detenerse en ningún objeto vivo; una tierra muerta y asolada por los vientos, cuyos sembrados son osamentas; guijarros sin número, rocas firmes ó desquiciadas, y en fin, un desierto en donde el viajero no halla la menor sombra ni cosa alguna que le recuerde la naturaleza viviente; soledad absoluta, mil veces más horrible que la de una selva desconocida; que los árboles, si quiera, seres son para el hombre aislado; aquí se ve perdido y solo en parajes abandonados y sin límites; el espacio es para él una tumba, la luz solar, más triste aun que la oscuridad de la noche, renace para iluminar su desnudez, su impotencia, y para presentar ante la atónita vista el horror de la situación, prolongando cada vez más las fronteras del vacío, y ensanchando alrededor el abismo de la inmensidad que separa al peregrino de la tierra habitada, y que vanamente intentaría reeorrer, porque la sed, el hambre y el calor sofocante mortificaríanle sin cesar, colocándole á cada paso entre la desesperación y la muerte.

Y con todo este cuadro desolador aun hay criminales salteadores que viven del copioso botín arrancado á veces con la vida á las desventuradas caravanas. Muchos árabes de los que sirven á éstas de guías, se niegan á cruzar el Uadí-Arabah y visitar las ruinas de Petra, hoy Carac, cuyo nombre solo despierta en sus ánimos terror pavoroso, merced á las bandas organizadas de beduinos que siguen la pista á las caravanas, acometiéndolas y destrozándolas sin piedad alguna, como lo atestiguan los muchos esqueletos calcinados que allí cubren el suelo, y recientes cadáveres apenas cubiertos con unos puñados de arena.

Acercándose á Calaat-el-Nakel, parece ya el suelo menos árido; tras largas jornadas de soledad y de calor excesivo, disfrútase allí ya de la vista de los árboles que rodean la población. Diseminados aquí y allá, vense gradualmente arbustos, arbolillos, praderas, rebaños de carneros, casitas, huertas y jardines; tales el aspecto de Nakel. Una fuente copiosa da vegetación á aquel oasis, templando el ardor de la comarca con agradable frescura. Desde aquel punto se llega muy pronto á Hebron, en la *tierra prometida*; pero ¿quién se resigna á dejar á Petra, la antigua capital de los Nabateos, la ciudad principal de la tercera Palestina, como la llaman algunos autores, la metrópoli actual de Arabia Petrea, teniéndola á muy corta distancia? Merced á una gratificación crecida, argumento incontrovertible á que ningún árabe tiene que oponer, se logra que



los guías adquieran provisiones y emprendan nuevamente la marcha, si bien recelosos y acobardados siempre.

No lejos del monte Hor, en donde Aaron murió, en el valle que habitaron los idumeos, los amalecitas y los moabitas, reunidos al cabo en un solo pueblo, se observan huellas de una civilización ya extinguida, esto es, las ruinas de un gran edificio, construido, sin duda, como de fortaleza avanzada para defender el acceso de Petra. En la entrada del valle hay manantiales de agua fresca, varias palmeras y los restos de un caravanserell ó venta, que llamamos nosotros. Algo más distante se ve un vallecillo cubierto de laureles, y á poco se descubre la ciudad. Un ilustre viajero (1) describe con tal precision y verdad estos lugares, que no podemos resistir al deseo de transcribir sus palabras.

«Subimos, dice, á la cumbre de un pico, en donde brota, á guisa de penacho, un árbol solo, desde cuya altura la vista alcanza una extension inmensa. Aquella soledad asusta: es un mar con las olas petrificadas, más todavía, un caos. Continuando el sendero, hallámonos delante al monte Hor, que la tumba de Aaron corona, añeja tradicion conservada por un pueblo antiguo, que solo posee ya recuerdos de la infancia ó vetustas relaciones é historias de los remotos siglos. Algunas excavaciones groseras y arruinadas detienen los pasos del viajero que entre ellas discurre, sin saber qué oculta á sus ojos la dilatada cadena de rocas que ante él se extiende, hasta que al fin descubre en el horizonte el espectáculo más singular, el cuadro más magnífico que la naturaleza en su creacion grandiosa y los hombres en su ambicion desmedida pudieron legar á la curiosidad de las generaciones venideras. En Palmira, la naturaleza anula el humano esfuerzo con su inmensidad, y aquel horizonte sin fin, sobre el cual se ven desaparecer columnas á centenares: aquí, por el contrario, parece complacerse en dar relieve y servir de marco, por decirlo así, á construcciones artificiales, que luchan con ella, no sin ventaja, poniendo así en armonía la fuerza y la rareza de su estructura con lo grandioso y variado de las concepciones en aquellos monumentos del arte. Tales son una y otros, que la imaginacion detiéndose suspensa entre la naturaleza y el arte, dudando un momento á cuál otorgará su admiracion, si á la primera, que fija la atencion por una larga serie de rocas inmensas y magníficas en formas y en colores, ó al segundo, que no temió oponer frente á esa rica y potente creacion los notables productos de su ingenio.»

Hay en Petra sepulcros semejantes á pa-

lacios, con sus columnatas, peristilos, estatuas y todos los ricos detalles de ornamentacion que posee la arquitectura más brillante. Allí están los difuntos mucho mejor alojados que los vivos. El monumento denominado Khar-né-Pharaon, *el tesoro del rey*, sorprende al viajero, causándole admiracion y asombro; imposible es describirlo; solo puede decirse que allí echaron el resto los árabes para aposentar á la muerte con toda la magnificencia imaginable. Aquellas tumbas soberbias que transforman el valle de Petra en una imponente necrópolis, han sido respetadas por el tiempo, de tal modo, que no se nota en ellas el menor deterioro, pudiendo creerse que permanecerán intactas hasta el día en que deban desmoronarse al estridente clamor de la trompeta que llame al juicio final. Arroyos cristalinos en cuyas márgenes brotan laureles, flores é infinidad de arbustos, serpentean por el valle y dulcifican las tintas severas del Uadi-Musa, mezclando las risueñas imágenes de la vida á las pavorosas y sepulcrales sombras de la muerte.

En tiempo de las cruzadas, Petra fué una señoría francesa (1), y todos esos monumentos maravillosos, que solo á fuerza de trabajos logra visitar hoy el viajero más intrépido, pertenecían al dominio de los caballeros de Felipe Augusto. El Uadi-Musa, cuya entrada guarda severamente el fanatismo de los *fellahs*, era entonces un lugar de paseo para los compañeros de Reinaldo de Chatillon, y los guerreros francos se entregarían quizás alguna vez al placer de la caza, junto al gran mausoleo El-Deir ó del Khasné-Pharaon. ¿Quién creará que las crónicas contemporáneas no dicen una sola palabra respecto á los monumentos de este valle?

Cuando Saladino, en 1183, pasó como una tempestad sobre las colonias cristianas, emprendió inútilmente el sitio de Carac; pero poco tiempo despues, falta de víveres y de defensores, se entregó la plaza á los musulmanes. Saladino queria vengar la ofensa que Reinaldo habia hecho al islamismo, llegando hasta las puertas de la Meca y de Medina. Un autor árabe (2) refiere que el desig-nio de los cristianos en aquella expedicion, era arrebatarse los huesos de Mahoma, para poner término á la peregrinacion de los mahometanos. Ese mismo Chatillon, que hizo trasportar desde Carac hasta el mar Rojo algunas naves por medio de camellos, que atacó la religion de la media luna en su más sagrado santuario, habia inundado con su famoso renombre todas las comarcas de Oriente, conservándose tal vez aun su recuerdo entre

los árabes. Aquel valeroso guerrero comprometió más de una vez los intereses cristianos por su ardor bélico, pero lavó sus faltas con el heroismo de su muerte. Hecho prisionero en la batalla de Tiberiades, rehusó noblemente rescatarse mediante una apostasía, despreciando las amenazas de Saladino, que llegó hasta herirle con su sable; por último, de orden del Sultan, arrojáronse dos soldados sobre el inerme caballero, y su cabeza cayó rodando á los piés de Guido de Gusiñan, otro prisionero cristiano (1).

Todo pasajero que llega á Petra, llevado por su curiosidad, paga un tributo al *xeque*, suponiéndose que con aquel impuesto adquiere el derecho á su proteccion y amparo de los árabes que manda; pero la experiencia ha demostrado repetidas veces el poco valor de la palabra empeñada por los beduinos: ¡tamaño exaccion no es mas que el prólogo de una capacidad sin límites, de que el viajero es víctima durante su estancia, y solo cesa con su abandono del territorio.

Para salir de Petra se sigue el Uadi-Arabah. Todos los viajeros y geógrafos han repetido que aquel valle, largo y estrecho, encerrado como un canal entre montañas, era el antiguo lecho del Jordan, que tuvo su embocadura en el mar, al extremo del Golfo Elanítico, antes de ocurrir la tremenda catástrofe que aniquiló á Pentápolis y destruyó á Sodoma y Gomorra. Algunas colinas transversales contradicen esta opinion, porque hubieran interceptado á modo de barrera el curso del rio, á ménos de ser producidas por los sacudimientos y fuegos subterráneos que conmovieron toda la comarca, para producir el oscuro abismo del mar Muerto.

A las pocas jornadas de este punto, sin ocurrir accidente notable, conoce el peregrino que abandona la Arabia desierta. Por todas partes campos de verdura, terrenos de pasto y hasta los árboles alegran la vista. De vez en cuándo suelen aparecer pastores apacentando sus rebaños, y no es difícil cruzarse con pequeñas caravanas que se dirigen de un pueblo á otro. El ánimo se regocija y el pulmon respira con más facilidad, llegando á las fronteras de la civilización. Tras los incultos arenales de Arabia, vienen los fértiles campos de Judea.

F. L. DE H.

(Se continuará.)

## NUESTRA SEÑORA DE ROBLEDO.

TRADICION.

Derramaba el sol torrentes de luz y de calor sobre las vertientes orientales del escarpado risco que separa las llanuras de Robledo y Las Casas.

(1) P. Bibliothèque des Croisades, tomo IV.

(1) Mr. de la Borde. — *Voyage dans l'Arabie Pétrée*.

(1) Poujolat, *Correspondance d'Orient*, tomo IV.

(2) Mogir-Eddin.



Los rebaños, esparcidos por la comarca, amenizaban, dándole vida y animación, aquel agreste cuadro de variados accidentes.

Los pastores se resguardaban del sol abrasador de medio día bajo los árboles de diferentes especies con que la pródiga naturaleza plugo dotar á aquellos sitios.

Uno de estos hijos de la montaña fué á resguardarse bajo un olivo.

Rendido y jadeante, se dejó caer desplomado al pie del arbusto, y fijó su agradecida mirada en la verde copa que formaban aquellos benéficos emblemas de la paz. ¡Cuál no sería su asombro al descubrir una imagen de la Santísima Madre de nuestro Redentor, cuidadosamente colocada entre dos gruesas ramas en que se había dividido aquel afortunado sustentáculo!

Desapareció su fatiga, dejaron de tener para él abrumadora influencia los rayos del sol, su sed y su cansancio desaparecieron instantáneamente, su pecho adquirió de pronto el vigor y holgura habituales, sus voces pusieron en conmoción todo el valle, y sus compañeros acudieron presurosos para inquirir la causa de llamamiento tan inesperado.

Se reunieron, y empezó desde aquel momento á tributarse el culto á la imagen. Postrados, sobrecojidos por un indescriptible fervor religioso, elevaron sus preces á la Reina de los Cielos, implorando su amparo y el consuelo que, por su mediación, recibe siempre en las penas y sufrimientos el católico, cuando con fervor implora protección tan eficaz.

Este fausto acontecimiento dió alas á algunos zagales, presurosos de participar tan agradable nueva; la distancia que los separaba de la aldea fué salvada en ménos tiempo del que necesitaban de ordinario, y dieron cuenta del acontecimiento á las autoridades.

Rodeadas éstas del pueblo, corrieron precipitadamente al lugar del hallazgo, y el venerable sacerdote que velaba por el reposo y tranquilidad de conciencia de aquellos fieles, después de una sentida oración, improvisada bajo la influencia de un fervoroso entusiasmo, dispuso la traslación de la imagen á la iglesia parroquial, para tributarla el culto debido.

Habían transcurrido algunas horas; la noche avanzaba silenciosa y tranquila, y el firmamento se tachonaba de estrellas. Distinguíase apenas en la oscuridad el camino tortuoso y casi impracticable que serpentea la falda del monte de la Almenara, cuando la comitiva, acompañando la imagen de Nuestra Señora, se puso en movimiento hacia el pueblo de Robledo.

Poblaban los aires los armoniosos cánticos de aquellos sencillos labriegos, al compás de su pausada marcha, cuando de improviso cae en tierra la mula sobre que iba el sacerdote conduciendo la imagen veneranda, hace alto la procesión, obligase á poner en pie al torpe cuadrúpedo, y tratan de continuar su interrumpida marcha. ¡Inútiles esfuerzos! Después de mucho tiempo de estériles tentativas, tienen que decidirse por pasar la noche en una cabaña próxima. Intentan al amanecer continuar su marcha, pero al llegar al mismo sitio que en la noche precedente, no es posible hacer que avance un paso la cabalgadura. Fijan sus atónitas miradas en el suelo, y observan, con asombro, la profunda impresión de la herradura y rodillas del animal, abierta en la mole de piedra, que formaba allí un peldaño de aquella escalera natural. Desde entonces existe á la orilla derecha del mismo cami-

no que conduce de Robledo á Las Casas, una modesta ermita, fundada en el lugar del hallazgo, y en uno de los ángulos de la sacristía se encuentra todavía el tronco del olivo tradicional bastante carcomido por efecto del tiempo, y al que la fe de los honrados labradores de la comarca atribuye sorprendentes propiedades. Poco antes de llegar á la ermita, también á la derecha del camino, se ve hoy una especie de alcubilla cubierta, entre cuyas paredes aparece el bloque de piedra con las huellas indicadas más arriba; en el fondo hay un cuadro con marco de pino, una modesta estampa representando la imagen de Nuestra Señora, y en el suelo aparecen, de vez en cuando, los óbolos depositados á través de la reja que sirve de puerta á aquel recinto, por la fe y caridad de los transeúntes, para ayudar al sostenimiento del culto, que con ejemplar edificación tributan á aquella imagen los sencillos habitantes de los pueblos circunvecinos.

FRANCISCO SILVA.

## EL FIRMAMENTO.

Una noche de invierno, una de esas noches claras, en que el firmamento está cuajado de estrellas y no se ve la más lejana nubecilla en el horizonte, abrí la ventana de mi gabinete, miré al espacio y medité, llevado en alas de mi pensamiento, más poderosas que mi voluntad en aquel instante.

La imaginación volaba de mundo en mundo, de sol en sol, por unos y otros astros, como si en su osada marcha intentase abarcar su creación y calcular el infinito.

La ilusión era completa. Creía percibir el rumor de esos mundos ignorados; una especie de vidrio mágico atraía á mis ojos los objetos que aquellos globos flotantes contenían. Todo cuanto han imaginado los filósofos, todo lo que han soñado los poetas, lo veía tan claro y perceptible, que la visión era real, y las profundidades del éter estaban para mí pobladas de astros habitados.

El espectáculo de aquella abundancia de vida, de tantos seres vivientes, á medida que se ensanchaba, aumentaba mi pequeñez, centuplicaba mi insignificancia. Volví hacia mí la vista, y no me ví: la unidad de todo un mundo, entre tal inmensidad de astros, no era perceptible: la unidad humana entre tantas humanidades, desaparecía á la comprensión más abstracta, á los más profundos cálculos del raciocinio.

Aquel descubrimiento me aterró: mi existencia, antes de tal análisis, vigorosa y palpitante, mi cerebro atestado de ideas, mi corazón todo latidos, y mi alma colmada de deseos, habían desaparecido, reduciéndose á la nada ante aquella contemplación majestuosa. El insecto microscópico es una partícula de la tierra, y su magnitud comprensible: el hombre, ante la vida universal, desaparece por su pequeñez: los átomos de esa existencia sin límites,

son á su lado mundos interminables, montañas, en cuyas cavernas más extensas podían girar sistemas planetarios.

La idea de tanta vida me llenó de espanto.

La comparación de las partes de los mundos que mi espíritu abarcaba con mi alma, invisible ante tal grandeza, hizo instar en mí otra idea aun más desconsoladora: me faltaban muchos mundos que medir, me faltaba comprender á Dios, que es el límite del infinito, puesto que su esencia incomprensible todo lo contiene.

Y dije con tristeza:

Si mi alma ha desaparecido por su insignificancia, con relación á la parte de los mundos que concibe, si estos mundos son átomos comparados con todo lo existente, ¿qué seré yo para ese Dios, cuya grandeza le aleja tanto de nosotros? ¿Sabrá que el hombre existe? ¿Podrá su vista distinguir un ser tan imperceptible? ¿Habrá reparado en él si acaso le distingue?

Y dije en mi otro pensamiento:

Si es pequeño mi cuerpo, más pequeña es el alma que contiene; ¿cómo mi alma puede encerrar en su reducido espacio tantos mundos, tantos millares de leguas, tantos astros é ideas tan inmensas? ¿Permanece mi espíritu en su cárcel corpórea cuando recorre tan vastísimas distancias, ó el alma irradia como la luz en todas direcciones, hasta que su fuerza expansiva lo permite? ¿Cómo es mayor ese espíritu, llenando una parte considerable de la creación al dilatarse por ella, ó absorbiendo esta colosal magnitud en un punto imperceptible?

Este pensamiento halló en mí un eco agradecido.

Mi pequeñez disminuía ante el mundo físico: mi pequeñez ante Dios, no me humillaba: antes al contrario, á medida que su altura era mayor, su protección se hacía más necesaria, y nada en su creación carece de lo indispensable. Dios estaba conmigo.

Pero faltaba desechar de mi corazón el peso de aquellas vidas interminables. Tal abundancia de seres creados, me abrumaba.

¿Qué es la vida universal? ¿Qué son todos los astros habitados? Un ejemplo desgarrador me la hacía comprender de esta manera.

Cuando acompañados de una persona querida, nos comunicamos en toda libertad los íntimos sentimientos del alma, que un pudor moral encerraba en nuestro pecho, ¡qué grato es el tiempo, qué amena la conversación, qué breves son las horas!

Trasladaos á una ciudad populosa. Allí cruzan las gentes en todas direcciones, hombres, mujeres, niños y ancianos, magnates y mendigos; rostros desconocidos, seres todos sin relación alguna con nosotros, indiferentes,



## SECCION RECREATIVA.

## LAS ÁNIMAS

POR

DON CARLOS FRONTAURA.

(Continuación.)

Tenia por indudable que en la guerra morían todos los que en ella tomaban parte, y que no se daba por terminada hasta que no quedaba en pie un solo combatiente, ó mejor dicho, hasta que quedaba uno solo en pie, porque un hombre solo no es fácil que haga la guerra, aunque algunos hay que solos, y sin necesidad de nadie, se la hacen á sí mismos.

¡Cómo se pondría la buena muchacha cuando su padre y el de Juan, que podían ahogarlos con un cabello, tuvieron que hacer de tripas corazón; y teniendo como tenía tras pasada el alma por la incertidumbre y el temor de los peligros á que iba á exponerse el pobre soldado, hubieron de dedicarse con todo empeño á consolarla y á evitar que la chica se volviera loca, que en riesgo de esta desgracia se hallaba, según todas las señales!

Pasados los primeros días, y habiendo hecho su efecto los consuelos de los dos ancianos, y del cura, y del escribano y del médico, y después que pudo convencerse de que á la guerra van muchos y vuelven también de la guerra muchos de los que van, hizo la pobre niña infinidad de promesas á la Virgen, y le compró dos velas de cera, que el cura puso en el altar, y todos los días iba á pedir á la Santa Madre del Redentor que protegiera á su prometido y le librara de los peligros de la campaña.

Al toque de ánimas se la veía cada tarde postrada ante la bella consoladora imagen, que ya recordará el lector que al toque de ánimas salió del pueblo el enamorado Juan, el día que la suerte le llevó á la vida militar.

que pasan sin mirarnos. ¡Qué triste es la soledad del hombre en medio de los hombres dentro de la cárcel terrestre, en un espacio tan reducido y miserable! ¡Cuál mayor será su tristeza y su soledad entre tantas generaciones que en todos los mundos constantemente se renuevan! El habitante de la Patagonia es un ser casi repulsivo, por la diferencia de hábitos y costumbres, que nos aislan de él á los europeos. ¡Qué analogía, qué lazo simpático puede ligarnos con la humanidad que en Júpiter suponen los que le juzgan habitado! y si esto sucede con los hombres que pudieren existir en un planeta tan próximo, ¡cuánto mayores serán las diferencias, nuestra falta de analogía con los hombres que habitan esos mundos tan lejanos, que el telescopio no distingue!

El sentimiento se paraliza, se hiel el corazón al discursarlo.

Pero tomad el microscopio. Una infinidad asombrosa de seres imperceptibles invade vuestra piel, vuela en el aire que aspiran los pulmones, crece y se desarrolla en el agua que bebéis, y por donde quiera que dirigais los pasos, marchais apartando innumerables escuadrones de vivientes, que desde el centro acaso de la tierra, hasta los últimos confines de la atmósfera, capa por capa, cubren toda la extensión del globo que habitamos.

La soledad no existe.

Bajo nuestros pies se extinguen las vidas de infinitos vivientes cuando caminamos: cada vez que se mueve nuestro cuerpo, destrozamos familias enteras de insectos imperceptibles: somos máquinas mortíferas, que llevamos la destrucción á todas partes. Y ¿qué nos importa?

Examinad el asqueroso cuerpo, la forma desagradable de esos seres que nos rodean, y bendecid al Creador que los aparta de nuestra vista.

¡Bendita sea la soledad!

¿No existirá tal vez en el Universo?

¿Estarán todos los mundos tan repletos de vida? ¿O será la tierra, lugar de prueba para las almas, y esa prueba consiste en la lucha,

en la aglomeración de seres que se estorban y devoran los unos á los otros?

La vida absoluta y universal por un lado.

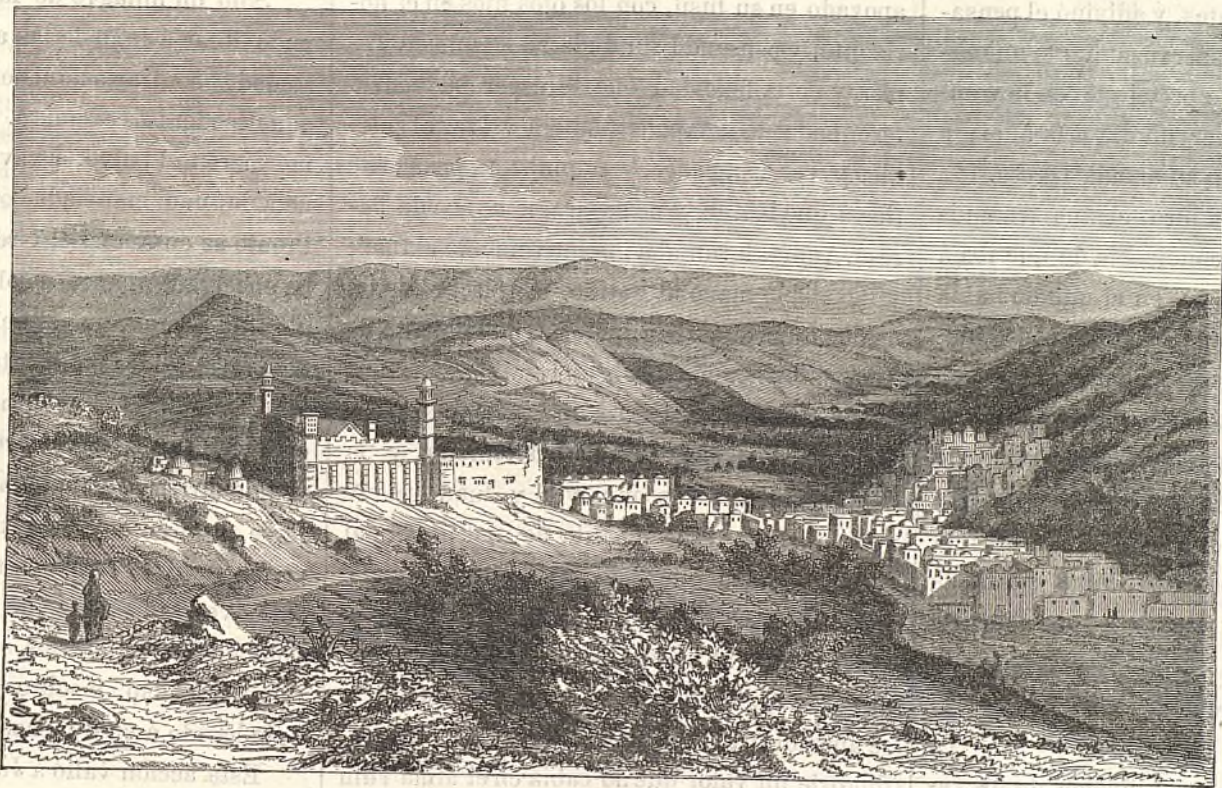
La muerte por el otro.

¿No hay nada más que esos extremos en todo lo creado?

Pequeña idea forma de Dios todo aquel que no concibe un mundo lleno de sorpresas para el entendimiento entre dos estados tan opuestos.

Sin humanidades, sin vida, tal como nosotros la comprendemos, puede haber en los mundos grandezas interminables, cuya contemplación acaso sea parte del placer infinito que nos espera en la otra vida.

Y mi razón extraviada flotaba de idea en idea por el espacio, y mi juicio vacilaba en aquella sublime visión, tan superior á mis



VIAJE A TIERRA SANTA.—HEBRON.

fuerzas, tan lejano á mi comprensión, tan bella y tan horrible al mismo tiempo.

De pronto, todas las luces del firmamento se apagaron; quedéme en la soledad, y cesó de volar mi pensamiento.

Estaba triste y como loco.

Tenia sed de amor, quería confortar mi espíritu, y devolver á mi vida su savia moral, el sentimiento que un desarrollo excesivo de la imaginación había aniquilado.

Y me acordé de Dios y de mis primeros años; volví mi vista á la religión, y todo me fué explicado. Sentí que era cristiano, y ya no vacilé y cesaron mis dudas.

Cací de rodillas, oré con fervor, y mi corazón latió tranquilo.

P.



## IV.

Una noche, en uno de los primeros puertos de España, se embarcaba el regimiento de Juan y Andrés, al son de la música, y entre las más entusiastas aclamaciones de la población, que habían acudido á despedir á aquellos valientes, que iban á defender la honra de la patria.

Y dominando el ruido de las aclamaciones y el grato marcial sonido de la música del regimiento, se oía el triste toque de ánimas, que traía á la memoria de Juan el doloroso momento en que años ántes estrechó por última vez la mano de su amada, y besó la venerable frente del anciano padre, y con lágrimas se despidió de la aldea, donde dejaba todas sus esperanzas de felicidad.

Y Andrés recordó también la tierna despedida de los dos amantes, y adivinó el pensamiento de Juan, y la esperanza que le animaba de que Dios había de protegerle en la campaña, y permitirle volver un día á la aldea á unirse para siempre con su amada Teresa.

Iban uno al lado del otro, el uno tranquilo, casi alegre, con la conciencia de que iba á cumplir su deber, y de que en el mundo había un alma pura que rogaría por él constantemente, y el otro temeroso y sombrío, solo en medio de sus compañeros, con su odio y su egoismo, irritado de aquel entusiasmo, lleno de pavor á la idea de que una bala enemiga podía cortar el hilo de su existencia, aunque ésta era para él, desprovisto como estaba de toda afección noble y generosa, un martirio constante.

## V.

Ruda fué la campaña, y muchos de los valientes soldados españoles cayeron atravesados por traidoras balas enemigas.

Juan no se apartó un momento de Andrés, y fué siempre su más decidido protector, viéndose más de una vez en grave peligro por defender á su compañero y hermano, y encareciendo á toda hora el valor de Andrés delante de sus jefes y compañeros, é inventando acciones heroicas que Andrés no era capaz ni de comprender siquiera, de las que Juan decía haber sido testigo, cuando en el silencio de la noche velaban los dos en algún punto lejano del campo del ejército.

Y era tal la confianza que inspiraba Juan á sus jefes, y tal la fé que se daba á sus palabras, que aun cuando todos habían creído hasta entónces que Andrés era un gallina de marca mayor, logró el cariñoso compañero de aquel hombre abandonado de Dios, que se rectificase el juicio fundado en no pocas pruebas anteriores, y se tuviese á Andrés por un valiente, de lo que él mismo se asombraba, con

lo cual el general no pudo ménos de igualar en la recompensa á Juan y á Andrés, concediendo á los dos una cruz, que el primero agradeció sobremanera, no por él, sino por su hermano Andrés.

Y Andrés seguía odiando á Juan.

Alguna vez sentía como vergüenza de aquel odio; pero el demonio de la envidia, que es el demonio de más mala intención que puede haber, sin que los otros demonios la tengan tampoco buena, se había apoderado de Andrés, y como éste no rezaba, ni volvía jamás los ojos á Dios, aquel enemigo estaba como en su casa en el espíritu de Andrés, sin hallar fuerza mayor que destruyese sus malas artes y nefandos intentos.

Muchas veces, cuando se hallaban los dos en observación de los movimientos del enemigo, en algún punto avanzado, y veía á Juan apoyado en su fusil, con los ojos fijos en el horizonte, y pensando sin duda en su amada Teresa y en la felicidad que le esperaba cuando terminada la campaña pudiera volver al pueblo, y ver á su padre, y comprar un pedazo de tierra que labrar, y no separarse nunca de Teresa, Andrés levantaba instintivamente el fusil, y llevaba la mano al gatillo, con la intención de dar muerte á Juan; pero un movimiento de éste, el leve rumor de algún reptil que se deslizaba por entre el musgo, una ráfaga de viento, su misma sombra le hacían temblar, y la mano se le quedaba inmóvil; y Juan, que le veía muchas veces en esta actitud hostil, al mismo tiempo que cobarde, no imaginaba nunca la verdadera intención de Andrés, y solo atribuía al miedo supino que sabía le dominaba aquel asombro y aquella postura, y se apresuraba á tranquilizarle, y á procurar infundirle un valor que no cabía en el alma ruin de aquel desdichado.

Iba á darse una batalla decisiva; ardía la noble sangre española en las venas de nuestros soldados; todos los cuerpos de ejército se disputaban la honra de formar la primera línea, y únicamente Andrés deseaba ardientemente ocupar el último puesto de la última retaguardia, y aun más atrás, si pudiera ser, ya que el estado de su salud no le permitía quedarse en el hospital al cuidado de las Hermanas de la Caridad.

Juan aceptaba el peligro con ánimo tranquilo, confiado en la misericordia divina, y con la satisfacción de que si la suerte le era contraria, moriría bendecido de Dios, y sería eternamente llorado por todos los que habían conocido sus nobles prendas, y la patria no abandonaría á su anciano padre, y éste cuidaría de Teresa, que tendría á orgullo haber sido amada de un valiente, y no cedería al halago de otro amor.

El regimiento de Juan y Andrés fué uno

de los destinados al puesto de mayor peligro.

El enemigo se batió bien, y el choque fué terrible, sin que en algunas horas cesase ninguno de los contendientes; agotadas las municiones y estrechadas las distancias, trabóse uno de esos horrendos combates al arma blanca, en los que no hay más arbitrio que matar ó morir, y en los que el que cae herido es pisoteado por los demás, y en los que se ejecutan los actos más crueles, y se ven cadáveres horriblemente mutilados y desfigurados, en los que difícilmente reconocería una madre á sus hijos, ni la hermana al hermano, ni la esposa al esposo.

Juan cerró los ojos, se metió entre los enemigos, y encomendándose á la Santa patrona de su pueblo, se abrió paso, hiriendo y matando, en defensa de su vida y de la felicidad de Teresa.

Solo un milagro de la Santísima Virgen pudo librar á Juan de las armas enemigas; los soldados contrarios quisieron en vano destruir aquel poderoso enemigo, y muchos de ellos mordieron el polvo, atravesados por la bayoneta de Juan, manejada con sin igual destreza. Pronto se ensanchó el círculo en que se hallaba encerrado Juan; los soldados enemigos empezaron á creer que aquel hombre estaba dotado de un poder sobrenatural, y viendo muertos á sus jefes, huyeron cobardemente á la espesura de un bosque próximo, con ánimo tal vez de atraer allí al soldado español y apoderarse de él. Pero Juan no los siguió; había visto caer del caballo en medio de algunos de sus adversarios al jefe de su regimiento, y allí voló á salvarlo, si Dios se lo permitía. Y le salvó en efecto, y sobre sus hombros le condujo herido á sitio ménos peligroso.

Esta acción valió á Juan que el mismo general estrechase afectuosamente su mano, y que sus compañeros le colmasen de bendiciones y le abrazasen tiernamente.

Y el enemigo emprendió la retirada, dejando el campo cubierto de los sangrientos despojos de la lucha.

Calmada la efervescencia del combate, Juan buscó en las diezmadas filas de su batallón á su compañero Andrés.

Andrés no estaba entre los soldados.

—¿Habrá huido? se preguntó Juan, que conocía el poco ó ningún valor personal de su compañero.

Pero su noble corazón rechazó al momento esta suposición. No le parecía posible, y no es posible en efecto, que un soldado español, por miserable que sea, se atreva á volver la espalda al enemigo cuando se halla entre sus compañeros, que llenos de amor patrio y obedeciendo á la voz del honor, corren al combate á vencer ó á morir como buenos y leales.

(Se continuará.)



## SECCION POÉTICA.

## A LA SANTA CRUZ.

ODA.

Questo él'eccelso e fortunato legno,  
Ministro á noi della celeste aita.

METASTASIO.

Oh Leño de esperanza  
que produjiste de salud el fruto.  
¿Quién de amor y alabanza  
te negará el tributo?  
Diga tu prez el suelo  
respondiendo á los cánticos del cielo.

En tí de piés y manos  
viendo clavado al Hijo del Eterno,  
alientan los cristianos,  
y del temido infierno,  
á la saña y furores  
oponen los auxilios vencedores.

Con el licor sagrado  
que en raudales copiosos te enrojece,  
De Adán purificado  
la culpa desaparece,  
que sangre es de templanza,  
nó, Abel, como la tuya, de venganza.

Cual en astro luciente,  
hoy su rostro en la Cruz mira risueño  
el Padre Omnipotente,  
desarrugado el ceño,  
que estremeció iracundo  
á cielo y tierra y bátratro profundo.

Regocíjate ahora  
con la enseña, Israel ya redimido,  
que te dió triunfadora  
el reino ántes perdido;  
sus eternas puertas  
el león de Judá te dejó abiertas.

Lábaro, que fulgura  
de templos y encumbrados torreones  
en la sublime altura,  
salud y bendiciones  
nunciando en lontananza,  
cual iris bello de la nueva alianza.

Ya vive, ya respira,  
del Jordan saludando la corriente,  
la que objeto de ira  
estirpe delincuente,  
sufrió el yugo inhumano  
allá de Egipto en el confin lejano.

De Cristo á los atletas  
¿quién alentaba á desigual batalla?  
¿quién contra las saetas  
serviales de malla,  
y el fuego más activo  
calmaba cual suave lenitivo?

A mil vírgenes puras,  
de belleza y virtud noble dechado,  
del amor las dulzuras  
al despreciar de grado,  
ella presta heroísmo  
contra la carne, el mundo y el abismo.

Y en grato vergel muda  
de pintoresca amenidad cubierto,  
la aspereza desnuda  
del fragoso desierto,  
que humilde solitario  
convierte de piedad en santuario.

En su constante giro,  
cuando fluctúan entre sí chocando  
los orbes de zafiro,  
la creación quedando  
con fragor sepultada  
en el piélago inmenso de la nada;

La cruz resplandeciente  
brillará más que el Sol, rey de la esfera,  
y á su luz la serpiente  
que al hombre perviertiera,  
con la hueste precita  
caerá bramando en la región maldita.

Los celestiales coros,  
el Lábaro escoltando sacrosanto,  
celebrarán sonoros  
en jubiloso canto  
de Jesús la victoria,  
por siglos mil y mil de paz y gloria.

Signo de eterna vida,  
árbol de redención, que salvó al mundo,  
no niegues acogida  
á mi dolor profundo,  
que al varón de dolores  
en tí plugo morir por pecadores.

Defiende, augusto pino,  
defiende con tu sombra bienhechora  
á triste peregrino,  
que lloroso te adora,  
y da gracia y consuelo  
al desterrado misero del cielo.

GASPAR BONO SERRANO.

## LO IMPOSIBLE.

Ave que en cárcel estrecha  
pretendes alzar el vuelo,  
y tus alas aniquilas  
con inútiles esfuerzos,  
si son tan blandas tus plumas  
y son tan duros los hierros,  
vuelve la vista á tu jaula,  
no mires al firmamento.

Olas del mar turbulentas,  
recobrad vuestro sosiego,  
que en espuma se deshacen  
esos montes gigantescos:  
de roca y menuda arena  
os alzarón dique eterno;  
desencadenadas olas,  
tornad al tranquilo lecho.

Corazón enamorado  
pon límites al deseo,  
que encadenado naciste  
en las prisiones del pecho.  
De tu ambición recelosa,  
imaginando tus yerros,

te condenó la fortuna  
á constante cautiverio.

Humanidad que te agitas  
para realizar tus sueños,  
y con sangre de tus hijos  
riegas el ingrato suelo,  
renuncia á tus esperanzas  
y á tu locura pon freno;  
no está la dicha en el mundo,  
que está la dicha en el cielo.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

## EL PASTOR MÚSICO.

En los campos de Arcadia  
el pastor Melibee  
sacaba diariamente  
primores mil del rústico instrumento.  
Jamás tales canciones  
repitieron los ecos,  
porque no era muy fácil  
naciese al mundo tañedor más diestro.

Pastores y zagalas,  
llamados de su acento,  
en bailes y retozos  
pasaban á su lado alegre el tiempo.

Y en tanto, los ganados  
por los vecinos cerros  
se exponen descarriados  
al carnicero lobo y otros riesgos.

Hoy faltan tres ovejas,  
mañana seis corderos,  
y al ver pérdidas tantas,  
todos maldicen al pastor funesto.  
Los viejos, reunidos,  
tomaron el acuerdo  
de arrojarle al instante,  
como perjudicial, lejos del pueblo.

Escuchó la sentencia  
con un desden soberbio,  
teniéndola el pedante  
por un agravio á su talento hecho.

Como Scipion romano,  
salió diciendo necio;  
«¡Íreme, y para siempre!»  
Ingrata patria, no tendrás mis huesos.

¡Echarme de estos campos!  
¡al fin, hombres groseros!  
no merecen gozarme,  
pues desprecian el mérito que tengo.»

Diciendo así, orgulloso  
salió para el destierro,  
á sus jueces mirando  
con el más soberano menosprecio.

Lo mismo de continuo  
sobre la tierra vemos:  
el orgullo insensato  
es vicio incorregible, esto no es nuevo.

Peró vamos á cuentas,  
amigo Melibee:  
El amo te tenía  
para cuidar sus cabras y corderos.

Si la hacienda le pierdes,  
¿qué le importa á tu dueño  
que las selvas encantadas,  
músico superior al tracio Orfeo?

FÉLIX MARIA SAMANIEGO.



## MISCELÁNEA.

Se ha consultado á la Santa Sede sobre si la reduccion de los dias festivos dispensa ó nó á los reverendos párrocos y demás encargados de la cura de almas, de la obligacion de aplicar *pro populo* la santa misa en las fiestas y medias fiestas suprimidas.

Acaban de morir dos escritores católicos de tanto mérito como nombradía. Son el benedictino suizo P. Brandés, y el baron Ernesto de Moy, alemán. El primero perteneció á una familia protestante, y fué educado en el protestantismo. Más tarde se convirtió á la fé católica, y llegó á ser monje benedictino.

Sus obras principales son una *Historia universal*, la *Vida de San Menrado*, fundador de la abadia de Einsiedeln, en Suiza; *Vida y regla de San Benito*, y la traduccion al alemán de *Los Monjes de Occidente*, de Montalembert. Además, en Junio último, con motivo del Centenar de San Pedro, publicó un excelente opusculo, titulado *Roma sin el Papa*.

El baron Ernesto de Moy, de origen francés, era profesor de derecho canónico en Insbruck. Sus más notables obras son un *Manual del derecho público*, la *Filosofía del derecho* y los *Archivos del derecho canónico*.

Los periódicos de Valencia nos traen favorables noticias acerca de la salud del señor Arzobispo de aquella diócesis.

Las aguas medicinales de Grávalos, dicen, le han probado perfectamente, y con razon se esperan de ellas los mejores resultados.

Segun dice el *Diario de Barcelona*, los Prelados españoles han acudido á Su Santidad pidiendo la conservacion de la fiesta del nacimiento de la Virgen, que todos los años se celebra el dia 8 de Setiembre, y la que en toda España, y especialmente en Cataluña, es conocida vulgarmente bajo el nombre de la Virgen de Monserrat.

El Excmo. é Ilmo. señor Obispo de Lugo, despues de la misa pontifical que celebró el 15, dia de la Asuncion de Nuestra Señora, en la catedral, dió solemnemente la bendicion apostólica á los fieles, en virtud de la facultad concedida por nuestro Santísimo Padre el Papa de poder darla con indulgencia plenaria una vez extraordinaria, en prueba de haberido al aniversario secular del martirio del principe de los Apóstoles, San Pedro.

El beneficiado de aquella catedral, D. Toribio Baquero, secretario de S. E. I. el señor Obispo, subió al ofertorio de la misa al púlpito, donde leyó la elocuente, tierna y religiosa carta pastoral que S. E. I. dirige á sus diocesanos á su regreso de la ciudad de Roma.

Leemos en *La Esperanza*:

«El 17 del actual, á las doce de su mañana, tuvo este religioso vecindario la satisfaccion de saludar

á su amado Prelado, el Ilmo. señor don Pedro María Lagüera y Menezo, que regresaba de la ciudad Santa, habiendo sido recibido por sus diocesanos en medio de una aclamacion general y regocijo cristiano. Dicho Ilmo. señor se dirigió ántes de entrar en su palacio episcopal, á visitar al Santísimo Sacramento, con el objeto sin duda de darle gracias por su feliz regreso en tan largo viaje.»

El *Boletín Eclesiástico* del obispado de Mondoñedo, publica la siguiente circular:

«Luego que tuvimos conocimiento de que en la ciudad del Ferrol publicaba por entregas don Benito Vicetto una *Historia de Galicia*, vertiendo en ella los más perniciosos errores acerca de los puntos más importantes de nuestra sacrosanta religion, nos dirigimos confidencialmente al autor, con el objeto de ver si lográbamos convencerle, y atajar el mal sin perjudicar á su nombre ni á sus intereses. Como al contestarnos insistiese en sostener algunos de los mismos errores, aunque manifestando deseos de repararlos del modo posible, le hemos remitido una breve refutacion, acompañada de una paternal comunicacion, haciéndole ver lo absurdo de sus ideas, y ordenándole se retractase formal y explicitamente, de un modo tan público como ha sido el mal causado, indicándole el medio y forma de hacerlo. Mas observando que esto no se verifica, cumpliendo con el sagrado y estricto deber de nuestro pastoral ministerio, que nos manda velar por la pureza de la doctrina católica, señalar y apartar las almas de los pastos nocivos, hemos designado tres individuos de nuestro cabildo catedral, para que examinen la obra y propongan la censura teológica que merecen muchas de sus proposiciones, que daremos á conocer á su tiempo; y entre tanto, y para que no cunda más el daño, prohibimos á todos los fieles de nuestra diócesis la retencion y lectura de la expresada *Historia de Galicia*, mandando á los que la tengan que la entreguen á los respectivos párrocos, quienes nos darán conocimiento del número de ejemplares recibidos, y que cesen en la suscripcion.

Por fortuna, gracias á la misericordia de Dios, que nos ha encomendado una porcion del rebaño de la iglesia fiel, sensata y altamente religiosa, han quedado muy pocos suscritores, apartando la vista con horror, de un libro que pervierte la verdadera y consoladora nocion que tenemos los cristianos de la naturaleza de Dios, de la de Jesucristo nuestro divino Redentor, y del destino del hombre despues de esta vida mortal.

Todos los señores párrocos leerán esta nuestra disposicion, en el primer dia festivo, al ofertorio de la misa del pueblo. Buenaire, feligresía de San Andrés de Masma, 14 de Agosto de 1867.—PONCIANO, Obispo de Mondoñedo.»

Leemos en el *Diario de Barcelona*:

«Existe depositado en el archivo de la catedral, en perfecto estado de conservacion, el cadáver del Ilmo. Sr. D. Francisco Clemente Sopera, que tenia su sepulcro en la misma iglesia en la capilla que hoy existe en el altar de la Inmaculada. Segun se nos ha

informado, cuando se trasladó dicho altar al indicado sitio desapareció el sepulcro del venerable prelado, y se depositó interinamente en el referido archivo con la laudable intencion, que hasta ahora ha dejado de cumplirse, de trasladarlo á la capilla del Santísimo Sacramento; sitio que se consideró más á propósito y digno, por haber sido el quien concluyó las obras de la misma y la parte del trascoro, en memoria de lo cual se ven su busto y sus escudos de armas colocados en el arco de la puerta principal de dicha iglesia. Es verdaderamente sensible el que durante los muchos años que han trascurrido no se haya llevado á efecto la indicada traslacion, para lo cual, segun tenemos entendido, se hallan hace mucho tiempo formados los planos para verificarlo.»

Se acaba de construir y colocar en el colegio de Padres Agustinos Filipinos de Nuestra Señora de la Vid, un órgano de 22 registros, de los cuales siete forman siete escalas acromáticas de toda la extension de su teclado, ó sean cinco octavas completas. Además tiene una rodillera para quitar ó poner en juego todos los seis registros de lengüeteria, y cada uno por separado, segun se quiera, la combinacion de los ocho que adornan su frontis, y los que sirven de fuerte al instrumento (siendo este el cuarto construido de esta extension).

Además contiene quince piezas con un juego de contras en escala acromática en tono de trece, desde *do á do*, y cuatro registros de adorno.

Tanto la caja, como todo lo que forma el conjunto del instrumento, ha sido trabajado y dirigido por el acreditado artífice D. José Otorel é hijos, organero aquel de la santa iglesia catedral de Palencia, siendo tambien vecino de la mencionada ciudad.

## ADVERTENCIA.

Desde Setiembre próximo, EL MUSEO CATÓLICO se publicará semanalmente, los dias 8, 16, 23 y último de cada mes.

Sigue rigiendo la nueva Tarifa de precios.

Los suscritores que han pagado segun los primitivos precios, tienen derecho á recibir el periódico en la siguiente proporcion:

Los que han pagado un año, están suscritos por dos; los que han pagado seis meses, lo reciben un año, y los que han pagado tres, lo reciben seis.

Véase la nueva Tarifa de precios.

## EL MUSEO CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTÍFICE

Sale á luz desde el mes próximo en los dias 8, 16, 23 y último de cada mes.

Constará cada número de un pliego en folio, que compone ocho páginas á tres columnas, ilustradas con magníficos grabados, representando vistas, monumentos, retratos, episodios históricos, atributos, solemnidades religiosas, y todo, en fin, cuanto tenga relacion con el culto católico.

## PRECIOS.

|   | Trimestre. | Semestre. | Año.  |
|---|------------|-----------|-------|
| EN MADRID. 4 reales al mes.                     |            |           |       |
| PROVINCIAS. { Directamente á la Administracion. | 14         | 26        | 50    |
| { Por medio de los comisionados.....            | 15         | 29        | 56    |
| EUROPA..... { Giro directo, francos.....        | 5          | 9,50      | 17,50 |
| { Por comisionado, id.....                      | 5,50       | 10,50     | 20    |
| ANTILLAS..... { Directamente, ps. fs.....       | "          | 2         | 4     |
| { Por comisionado, id.....                      | "          | 2,12      | 5     |
| AMÉRICA Y OCCEANIA. { Por giro, ps. fs.....     | "          | "         | 6     |
| { Por correspondientes, id.....                 | "          | "         | 7     |

Administracion, Hileras, 4, bajo.

Por lo no firmado,

El secretario de la redaccion, F. L. DE HENALES.

MADRID. 1867.—Imp. de D. C. Frontaura, Hileras, 4, bajo.

## EL EPISCOPADO ESPAÑOL.

## GALERÍA BIOGRÁFICA CONTEMPORÁNEA,

QUE COMPRENDE

Á TODOS LOS RR. ARZOBISPOS Y OBISPOS QUE OCUPAN EN LA ACTUALIDAD LAS SILLAS DIOCESANAS

DE

## ESPAÑA Y SUS POSESIONES.

Estamos preparando los trabajos necesarios para emprender muy en breve la publicacion de esta interesante GALERÍA, que nos proponemos dar á luz en las columnas de EL MUSEO CATÓLICO, como una muestra de nuestro incesante celo por elevar esta publicacion á la altura á que por su objeto la corresponde.

Cada número de EL MUSEO contendrá una extensa biografía y un magnífico retrato en madera, correspondiente á uno de los ilustres prelados españoles que gobiernan actualmente nuestras diferentes diócesis eclesiásticas, llegando de este modo á constituir una obra completa, cuyo interés, para nuestros suscritores excusamos encarecer.

Esperamos empezar muy en breve, como hemos dicho ántes, la publicacion de tan importante GALERÍA.